
EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

CUADERNOS
DOCTORALES
DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA
UNIVERSIDAD DE NAVARRA / PAMPLONA / ESPAÑA



Universidad
de Navarra

DOMÈNEC MELÉ CARNÉ

Homo Laborem exercens

Aproximación a la concepción cristiana
del trabajo en el Magisterio
de Juan Pablo II

VOLUMEN 70 / 2021

SEPARATA

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA / UNIVERSIDAD DE NAVARRA
PAMPLONA / ESPAÑA / ISSN: 0214-6827
VOLUMEN 70 / 2021

DIRECTOR / EDITOR

J. José Alviar
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

VOCALES

Juan Luis Caballero
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Carmen José Alejos
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

SECRETARIA

Isabel León
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Esta publicación recoge los extractos de las tesis doctorales defendidas en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

La labor científica desarrollada y recogida en esta publicación ha sido posible gracias a la ayuda prestada por el Centro Académico Romano Fundación (CARF)

**Redacción,
administración,
intercambios y
suscripciones:**
Excerpta e Dissertationibus
in Sacra Theologia.
Facultad de Teología.
Universidad de Navarra.
31080 Pamplona
(España)
Tel: 948 425 600.
Fax: 948 425 633.
e-mail: faces@unav.es

Edita:
Servicio de Publicaciones
de la Universidad
de Navarra, S.A.
Campus Universitario
31080 Pamplona (España)
T. 948 425 600

Precios 2021:
Suscripciones 1 año: 30 €
Extranjero: 43 €

Fotocomposición:
pretexto@pretexto.es

Imprime:
Ulzama Digital

Tamaño: 170 x 240 mm

DL: NA 1067-1984
SP ISSN: 0214-6827

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN SACRA THEOLOGIA

CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

VOLUMEN 70 / 2021

José Antonio CORDERO BECKER

[La transformación de los manuales de escatología en el siglo XX](#)

5-77

[The Transformation of Eschatology Textbooks in the 20th Century]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Juan Luis Lorda

Francisco Javier PÉREZ LEÓN

[La espiritualidad laical en la teología española contemporánea](#)

79-156

[Lay Spirituality in Contemporary Spanish Theology]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Pablo Martí

Álvaro René VILLAMAR ROSALES

[El celibato de los laicos como desarrollo de la gracia bautismal a partir del Concilio Vaticano II](#)

157-225

[The Postconciliar Notion of Lay Celibacy as Development of Baptismal Grace]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Pablo Martí

Domènec MELÉ CARNÉ

[Homo Laborem exercens. Aproximación a la concepción cristiana del trabajo en el Magisterio de Juan Pablo II](#)

227-301

[Homo Laborem exercens. A First Approach to the Christian Conception of Work in the Magisterium of John Paul II]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Teodoro López

Luis María MARTÍNEZ OTERO

[Teología de la Familia. Principios fundamentales y retos actuales](#)

303-383

[Theology of the Family. Basic Principles and Current Challenges]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. José María Pardo

Santiago de LASALA PORTA

La recepción de la encíclica *Humanae vitae* en el ámbito teológico 50 años después de su publicación

385-443

[The reception of the encyclical *Humanae vitae* in the theological field 50 years after its publication]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. José María Pardo

Jesús RICO ALDAVE

Religiosidad popular y acción pastoral. Las parroquias de la Barranca-Burunda en la transición al mundo actual

445-527

[Popular religiosity and pastoral action. The parishes of the Barranca-Burunda in their transition to the modern world]

Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Ramiro Pellitero

Universidad de Navarra
Facultad de Teología

Domènec MELÉ CARNÉ

Homo Laborem exercens

Aproximación a la concepción cristiana del trabajo
en el Magisterio de Juan Pablo II

Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

Pamplona
2021

Ad normam Statutorum Facultatis Theologiae Universitatis Navarrensis,
perlegimus et adprobavimus

Pampilonae, die 25 mensis martii anni 2021

Dr. Theodorus LÓPEZ

Dr. Ioseph Ludovicus ILLANES

Coram tribunali, die 14 mensis iunii anni 1983, hanc
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit

Secretarius Facultatis
D. nus Eduardus FLANDES

Cuadernos doctorales de la Facultad de Teología
Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia

Vol. LXX, n. 4

Presentación

Resumen: Esta investigación analiza la concepción cristiana del trabajo en las enseñanzas del Papa san Juan Pablo II en la encíclica *Laborem exercens* (LE) y en otros documentos, particularmente en homilías y discursos pronunciados en sus encuentros con trabajadores y empresarios hasta mayo de 1983. El pensamiento filosófico del futuro Papa, especialmente el expuesto en *Persona y acción*, se ha tenido en cuenta para analizar ciertas cuestiones.

La investigación compara la visión de este Papa sobre el trabajo con la presentada en la doctrina social de la Iglesia anterior a su Magisterio. También se contrasta esta visión con diversas perspectivas filosóficas sobre el trabajo, en particular con la de K. Marx, presente en la Polonia natal de Karol Wojtyła.

Los resultados encontrados muestran continuidad entre la enseñanzas de Juan Pablo II con el Magisterio anterior sobre el trabajo, con notable influencia de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, del Concilio Vaticano II, pero con aspectos innovadores sustentados en una rica antropología.

La idea básica de que el trabajo procede del hombre (*homo laborem excerns*) y medio de desarrollo personal contrasta fuertemente con la visión marxista, para la cual el trabajo es modificación de la naturaleza para satisfacer sus necesidades vitales.

Palabras clave: antropología, doctrina social de la Iglesia, Marx, trabajo.

Abstract: This research analyzes the Christian conception of work in the teachings of Pope St. John Paul II in the encyclical-letter *Laborem exercens* (LE) and in other documents, particularly in homilies and speeches addressed to workers and businesspeople, and until May 1983. The philosophical thought of the future Pope, particularly the one described in *Person and action*, has been taken into account to aid in the analysis of certain issues.

This research compares the Pope's vision on work and that of the Church's social doctrine about work prior to his Magisterium. It also contrasts this view with various philosophical perspectives on work, especially that of K. Marx, quite significant in Karol Wojtyła's native Poland.

The findings show continuity between John Paul II's teachings and the previous Magisterium on human work, with the noteworthy influence of the Pastoral Constitution *Gaudium et spes*, of the Second Vatican Council, but also innovative aspects based on a rich anthropology.

The basic idea that work comes from man (*homo laborem exercens*) and means of personal development contrasts sharply with the Marxist vision, in which work is modification of nature to satisfy vital needs.

Keywords: anthropology, social doctrine of the Church, Marx, work.

Las enseñanzas de Juan Pablo II sobre el trabajo son abundantes. Se encuentran, sobre todo, en sus encuentros con trabajadores industriales y de servicios, campesinos, profesionales, directivos de empresa y empresarios, así como en sus vistas a diversas fábricas y centros de trabajo. Directa o indirectamente también se refirió al trabajo en audiencias catequéticas, en las celebraciones de san José obrero, con ocasión de visitas *ad limina* de algunos obispos, y en diversos mensajes y discursos a grupos de personas o a organismos internacionales, entre ellos la Organización Internacional del Trabajo.

Particular importancia reviste un documento dedicado monotemáticamente al trabajo: la encíclica *Laborem exercens*¹, publicada el 14 de septiembre de 1981, con todo el valor de Magisterio Ordinario de que gozan las encíclicas en su contenido doctrinal.² En esta encíclica, como en otros textos pontificios, Juan Pablo II vertió también su experiencia personal como trabajador, tanto como obrero en las canteras de Zakrzówek, en Cracovia, y en la cercana fábrica de la empresa Solvay Borek Falecki, como en su posterior trabajo intelectual y ministerial, así como sus relaciones con el mundo del trabajo. Como el propio Papa explicaba ante un grupo de trabajadores, «la *Laborem exercens* está en plena continuidad con este constante coloquio referido al mundo obrero. En ella he volcado también la experiencia directa de este mundo que me ha tocado vivir, que es el vuestro y que también fue el mío»³.

La publicación de la LE tuvo un amplio eco en todo el mundo por su contenido, pero también por el estilo literario utilizado, que llamaba la atención por diferir notablemente de las encíclicas sociales publicadas por los Pontífices anteriores, entre ellos, Juan XXIII y Pablo VI. La LE es una encíclica escrita en un tono marcadamente pastoral, pero con un hondo contenido filosófico y teológico. En modo alguno es una encíclica esquemática ni demasiado sistemática. Más bien, se diría, que gira entorno a unas pocas ideas madres sobre las que el Papa vuelve una y otra vez.

El interés por el tema de la presente tesis surgió poco después de la publicación de la citada encíclica, en octubre de 1981, cuando el autor iniciaba la Licenciatura en Sagrada Teología. Con ayuda de su director de tesis de feliz memoria, el Rev. Prof. Teodoro López (q.e.p.d.), advirtió que el documento suscitaba muchas cuestiones que merecían ser investigadas. Entre ellas las siguientes. Aparte del estilo, ¿difería la LE del Magisterio anterior en el modo de entender el trabajo? Si no era así, ¿qué era innovador respecto a la doctrina social de la Iglesia anterior? ¿Desarrollaba Juan Pablo II el Concilio Vaticano II, en la cuestión del trabajo, o más bien la adaptaba a la situación actual, como se había propuesto en su primera encíclica *Redemptor hominis*, publicada dos años antes?⁴

¹ Enc. *Laborem exercens* (14.IX.81) en AAS 73 (1981) 577-647. Trad. española *L'Oss. Rom. esp.* 20. IX.1981, pp. 3-15. Publicada también en vatican.va.

² Cfr. Pío XII, Encíclica *Humani generis*, Dz 2313 (3884).

³ *Disc. ai lavoratori dello stabilimento Solvay in en Livorno*, Italia, 19 marzo 1982, n. 3.

⁴ Tras recordar con viva gratitud la obra del Concilio Vaticano II (RH 5), afirmaba: «Conservando pues viva en la memoria la imagen que de modo perspicaz y autorizado ha trazado el Concilio Vaticano II, trataremos una vez más de adaptar este cuadro a los «signos de los tiempos», así como a las exigencias de la situación que cambia continuamente y se desenvuelve en determinadas direcciones». (RH 15,1)

¿En qué fundamentos antropológicos se apoyaba Juan Pablo II para exponer su concepción del trabajo? ¿En qué difería de otras visiones del trabajo como las propuestas por la ideología liberal o la marxista?

Cómo método de trabajo se estudió a fondo la LE y se revisaron de un modo bastante exhaustivo las intervenciones de Juan Pablo II sobre el trabajo, tratando de descubrir toda clase de matices relacionados con su concepción del trabajo. Los escritos filosóficos de Karol Wojtyła –el futuro Juan Pablo II– y principalmente su obra capital *Persona y acción*⁵, nos ayudaron a entender mejor y precisar algunos conceptos. Se analizaron también los principales documentos de doctrina social de la Iglesia anteriores a Juan Pablo II tratando de descubrir convergencias, o posibles divergencias, continuidad e innovación. Finalmente, se contrastó el concepto de trabajo de Juan Pablo II con el de otros autores, en particular el de K. Marx, por su influencia en las esferas oficialistas de su Polonia natal y también por la ascendiente que tenía el pensamiento marxista en no pocas personas cuando se publicó la LE.

El concepto cristiano del trabajo de Juan Pablo se apoya en la Revelación y en la razón. Profundiza en las narraciones bíblicas de la Creación, en las que ve el «primer Evangelio del trabajo» y en Cristo, Verbo encarnado y Redentor del hombre que, en expresión de san Juan Pablo II, constituye «el más elocuente Evangelio del trabajo». En la indagación racional sobre el trabajo, que armoniza con los contenidos de la fe, se advierte el enfoque intelectual del personalismo realista, del que Wojtyła fue un claro exponente.

Una de las primeras evidencias encontradas en que las enseñanzas de Juan Pablo II sobre el trabajo, están enmarcada en una línea fundamental del programa pastoral que este Papa enunció en su primera encíclica, al afirmar que el hombre «es el camino primero y fundamental de la Iglesia»⁶, y ello –añade en la LE – «precisamente a causa del insondable misterio de la Redención de Cristo; entonces hay que volver sin cesar a este camino y perseguirlo siempre nuevamente en sus varios aspectos en los que se revela toda la riqueza y a la vez toda la fatiga de la existencia humana en la tierra»⁷. En efecto, en la LE y en otros documentos, se advierte una concepción del trabajo centrada en el hombre, que arrancando de la fe descubre y amplía los significados que la razón humana es capaz de alcanzar superando posibles incertidumbres y errores.

⁵ K. WOJTYŁA, *Persona y acción* (traducción de J. FERNÁNDEZ ZULAICA), BAC, Madrid, 1982 (publicada primero en polaco con el título *Osoba i czyn*, Lublin 1969).

⁶ RH 14,1.

⁷ LE 1,1.

Juan Pablo II habla del trabajo, consciente de la fase histórica en que vive, con grandes desarrollos tecnológicos. Sabe que el futuro, en el horizonte del tercer milenio, está marcado por interrogantes, incertidumbres y a menudo también por impotencias⁸. Y, esto afecta al trabajo, que en el pasado estuvo en el centro de muchas ideologías, como la marxista, pero también la que reduce el trabajo a puro factor económico o incluso a mercancía que se intercambia por un salario. En este sentido, en un simposio internacional celebrado en Roma un año después de la publicación de la LE, Juan Pablo hacía notar que las «ideologías» salvadoras estaban caducando y la humanidad tenía deseos de un orden más estable en las relaciones entre los hombres.⁹ Y, en estas relaciones, la concepción del trabajo y su relación con el desarrollo humano parece del todo relevante.

En las enseñanzas de Juan Pablo II se advierten desarrollos de textos directa o indirectamente relacionados con el trabajo en la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, del Concilio Vaticano II. Existe también continuidad con otros textos sobre el trabajo propuestos por la doctrina social católica, empezado por León XIII quien alude al carácter personal y necesario del trabajo¹⁰, al abordar la llamada «cuestión social», relativa a una situación problemática creada en el mundo obrero con la Primera Revolución Industrial y las ideas liberales imperantes en el siglo XIX.

Otros Papas también se refirieron al trabajo, pero ninguno, como Juan Pablo II, se había referido a él de un modo tan extenso y profundo. Tiene, además, la intuición de descubrir la centralidad del trabajo en la cuestión social, la cual, en cierto modo, se ha prolongado a lo largo del tiempo bajo formas y modos peculiares: «el trabajo humano –escribe Juan Pablo II– es una clave, quizá la clave esencial, de toda la cuestión social, si tratamos de verla verdaderamente desde el punto de vista del bien del hombre»¹¹.

Las aportaciones de Juan Pablo II, como se muestra en la tesis, están sustentados en una rica antropología y son innovadoras en muchos aspectos. La idea básica de que el trabajo procede del hombre (*homo laborem exercens*) y contribuye a su desarrollo personal contrasta fuertemente con la visión marxista, para la cual el trabajo es modificación de la naturaleza para satisfacer necesidades humanas vitales.

⁸ Ver RH 15 y 17.

⁹ *Disc. en la sesión inaugural del simposio internacional «De la 'Rerum novarum' a la 'Laborem exercens' hacia el año 2000»* (3.IV.1982) n. 2.

¹⁰ Cfr. RN 31.

¹¹ LE 3,2.

Las enseñanzas de Juan Pablo II contienen una teología del trabajo y también una reflexión filosófica sobre la naturaleza del trabajo. No son un tratado sistemático sobre el trabajo, pero contienen un conjunto valioso de elementos para profundizar en la comprensión del trabajo.

En este extracto de la tesis nos fijamos, en primer lugar, en el fundamento teológico del trabajo en las enseñanzas de Juan Pablo II; lo que él denomina «El Evangelio del trabajo» (Parte I). A continuación (Parte II), analizaremos diversos textos de nuestro autor en relación con el dominio responsable del hombre sobre la tierra y la participación en la realeza de Cristo. Sigue un estudio de corte filosófico (Parte III), dónde se analiza el trabajo como actividad personal del hombre. Por último, se presenta una nota sobre el fundamento ético del valor y la dignidad del trabajo (Parte IV).

El extracto de la tesis que presentamos aquí recoge, a nuestro juicio, lo más relevante de la misma. La Parte I incluye una parte del Capítulo II de la tesis, mientras que la Parte II y III incluyen la casi totalidad del Capítulo III, con ligeros retoques. Finalmente la Parte IV incluye algunos contenidos de los Capítulos III y V.

La tesis, notablemente ampliada, ha sido publicada en el libro: D. Melé, *El valor humano y cristiano del trabajo*. Enseñanzas de S. Juan Pablo II, Eunsa, Pamplona, 2020. El autor agradece la Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA) la amabilidad en permitir la reproducción de algunos textos incluidos en este libro en el presente trabajo.

Índice de la Tesis

| | |
|---|----|
| ÍNDICE | i |
| TABLA DE ABREVIATURAS | ix |
| PRÓLOGO | xi |
| INTRODUCCIÓN | 1 |
| | |
| Capítulo I | |
| EL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II SOBRE EL TRABAJO | 11 |
| A. JUAN PABLO II Y EL MUNDO DEL TRABAJO | 12 |
| 1. Trayectoria personal de Karol Wojtyła | 12 |
| a) Actividades juveniles | 12 |
| b) Sacerdote y profesor de ética | 15 |
| c) Obispo y Cardenal de la Iglesia | 20 |
| 2. Experiencia obrera del futuro Papa | 24 |
| a) En las canteras de Zakrzoek | 24 |
| b) En la fábrica Solvay | 26 |
| 3. La Encíclica <i>Laborem exercens</i> y otros documentos sobre el trabajo | 30 |
| B. EL TRABAJO EN LA ANTROPOLOGÍA TEOLOGICA DE JUAN PABLO II | 36 |
| 1. Antropocentrismo teocéntrico | 36 |
| a) Unión de teocentrismo y antropocentrismo | 38 |
| b) Una antropología abierta al no creyente | 41 |
| 2. Personalismo cristiano de Juan Pablo II | 46 |
| a) Deudor de la metafísica y de la fenomenología | 46 |
| b) Algunos elementos del «personalismo» de K. Wojtyła | 56 |
| 3. La verdad sobre el hombre en la base de un recto concepto de trabajo | 62 |
| a) La verdad sobre el hombre en la doctrina social de la Iglesia | 62 |
| b) Por encima de ideologías y sistemas | 67 |
| c) El trabajo como elemento «clave» de la «cuestión social» | 70 |

Capítulo II**EL EVANGELIO DEL TRABAJO**

| | |
|---|-----|
| | 75 |
| A. EL TRABAJO EN EL MISTERIO DE LA CREACIÓN | 78 |
| 1. Vocación del hombre al trabajo | 78 |
| 2. La tierra, don de Dios al hombre para su trabajo | 85 |
| a) Señorío del hombre sobre la tierra | 85 |
| b) La tierra, don de Dios y responsabilidad del hombre | 87 |
| c) Dependencia de Dios | 90 |
| 3. El trabajo como reflejo de la acción de Dios | 96 |
| a) La imagen de Dios en el hombre por el trabajo | 96 |
| b) El trabajo como participación en la obra del Creador | 100 |
| c) La obra de la santificación y el «trabajo interior» | 104 |
| 4. El trabajo después de la caída original | 107 |
| B. EL TRABAJO EN EL MISTERIO DE CRISTO | 113 |
| 1. La dignidad del trabajo revelada en la Encarnación y en la Redención | 113 |
| a) La dignidad del trabajo a la luz del misterio de la Encarnación | 113 |
| b) Cristo, Redentor del hombre | 115 |
| c) Redentor del mundo | 118 |
| 2. Cristo, el más elocuente Evangelio del trabajo | 121 |
| a) El trabajo de Cristo | 121 |
| b) El trabajo en la predicación de Cristo | 124 |
| c) Ejemplos evangélicos de trabajo | 124 |
| 3. El trabajo en el misterio pascual | 127 |
| a) El trabajo en la Cruz de Cristo | 127 |
| b) La fuerza del Espíritu Santo en el trabajo | 130 |
| c) El trabajo como anuncio de la «nueva tierra» | 133 |
| 4. Trabajo y Reino de Dios | 137 |
| a) El trabajo como preparación material para el Reino de Dios | 137 |
| b) Participación en la realeza de Cristo | 139 |
| c) El trabajo y la extensión del Reino de Dios | 143 |

Capítulo III**NATURALEZA DEL TRABAJO**

| | |
|---|-----|
| | 146 |
| 1. EL TRABAJO, ACTIVIDAD PERSONAL DEL HOMBRE | 148 |
| a) Actividad típicamente humana | 148 |
| b) El trabajo es «actus personae» | 152 |
| c) El hombre, como persona, sujeto del trabajo | 159 |
| d) En todo trabajo participa en hombre completo | 161 |
| e) El hombre causa eficiente primaria del trabajo | 166 |
| f) En el trabajo aparece la trascendencia y espiritualidad del hombre | 168 |
| 2. EL TRABAJO ES DOMINIO DEL HOMBRE Y DEL GÉNERO HUMANO SOBRE LA TIERRA | 172 |
| a) Proceso de dominio sobre la tierra | 172 |
| b) Acción «transitiva» del hombre a un objeto exterior | 176 |

ÍNDICE DE LA TESIS

| | |
|---|-----|
| c) Dominio consciente y libre del hombre | 179 |
| d) Actividad socialmente útil | 182 |
| e) Universalidad y multiplicidad formal del proceso de dominio | 184 |
| 3. INTERACCIÓN ENTRE SUJETO Y OBJETO DEL TRABAJO | 186 |
| a) Dualidad de sentidos en el trabajo: trabajo objetivo y trabajo subjetivo | 186 |
| b) Humanización del mundo por el trabajo | 189 |
| 4. PROGRESO TÉCNICO Y DINÁMICA DE LA HISTORIA | 191 |
| a) La técnica como expresión de dominio | 191 |
| b) El trabajo en la dinámica de la historia | 193 |

Capítulo IV

EL TRABAJO EN SUS ÁMBITOS DE VALOR

| | |
|---|-----|
| 1. TRABAJO Y EL SENTIDO DE LA VIDA | 202 |
| a) El trabajo como dimensión existencial fundamental | 202 |
| b) El trabajo, un bien del hombre | 205 |
| c) El trabajo dentro de la vocación suprema del hombre | 207 |
| d) Trabajo y santidad | 213 |
| 2. VALOR HUMANO DEL TRABAJO | 217 |
| a) Valor del trabajo en su dimensión objetiva | 217 |
| b) Realización personal en el trabajo | 220 |
| c) Valor familiar del trabajo | 228 |
| d) El trabajo como aportación al bien común de la sociedad | 234 |
| 3. EL TRABAJO, FUNDADO EN LA FUERZA MORAL DEL AMOR | 238 |
| a) La ley del amor, la necesidad del amor y el orden del amor inscritos en el trabajo | 238 |
| b) El trabajo como servicio impulsado por la caridad | 244 |
| c) La fuerza moral del amor en la lucha por la justicia | 247 |
| 4. UNIÓN ENTRE LOS TRABAJADORES: LA SOLIDARIDAD | 253 |
| a) El trabajo crea unión entre los trabajadores | 253 |
| b) Solidaridad abierta y dinámica basada en la concepción cristiana del trabajo | 257 |
| c) La caridad, impulso de la solidaridad | 262 |
| 5. LA VIRTUD DE LA LABORIOSIDAD | 264 |

Capítulo V

VALOR ÉTICO-SOCIAL DEL TRABAJO

| | |
|--|-----|
| 1. EL HOMBRE PRIMER FUNDAMENTO DEL VALOR ÉTICO DEL TRABAJO | 268 |
| a) Preeminencia del trabajo en sentido subjetivo sobre el el trabajo en sentido objetivo | 270 |
| b) Prioridad de la ética sobre la técnica | 273 |
| c) Primado de las personas sobre las cosas y del trabajo sobre el capital | 278 |
| d) Superioridad del espíritu sobre la materia | 286 |

| | |
|---|-----|
| 2. ALTERACIONES AL JUSTO ORDEN DE VALORES | 291 |
| a) Esclavitud y trabajos forzados | 291 |
| b) El error del economicismo | 293 |
| c) El trabajo como «mercancía» o como «instrumento de producción» | 298 |
| d) Alienación por el trabajo | 298 |
| 3. ORDENACIÓN DEL TRABAJO EN FUNCIÓN DEL HOMBRE | 313 |
| a) El sistema socio-económico al servicio del hombre | 313 |
| b) El trabajo en función del hombre | 315 |
| c) Por el trabajo, el hombre debe «ser más» antes que «tener más» | 316 |
| d) Iniciativa y responsabilidad del trabajador | 317 |
| e) Adecuación del trabajo a las necesidades de cada persona | 321 |
| f) Ordenación a la familia de la economía y la política del trabajo | 324 |
| 4. EL DERECHO AL TRABAJO | 331 |

Capítulo VI

EL TRABAJO Y EL DESTINO UNIVERSAL DE LOS BIENES 338

| | |
|--|-----|
| 1. EL DESTINO UNIVERSAL DE LOS BIENES Y EL DERECHO DE PROPIEDAD | 340 |
| a) El trabajo como título de propiedad | 341 |
| b) El derecho a la propiedad privada | 344 |
| c) Socialización de la propiedad | 348 |
| 2. LA REMUNERACIÓN DEL TRABAJO Y EL DESTINO UNIVERSAL DE LOS BIENES | 353 |
| a) Remuneración mediante salario | 354 |
| b) Participación de beneficios | 358 |
| c) Remuneración por el trabajo en sentido objetivo y por el trabajo en sentido subjetivo | 362 |
| d) Dimensión familiar de la remuneración por el trabajo | 368 |
| 3. ÁMBITOS DE RESPONSABILIDAD EN LA JUSTA RESPONSABILIDAD EN LA JUSTA REMUNERACIÓN | 375 |
| a) El empresario directo | 375 |
| b) El empresario indirecto | 377 |
| c) Asociaciones empresariales y sindicatos | 381 |

CONCLUSIONES 385

BIBLIOGRAFÍA 394

Anexo. Principales encuentros de S.S. Juan Pablo II con trabajadores y empresarios 407

Bibliografía de la tesis

DOCUMENTOS DE JUAN PABLO II SOBRE EL TRABAJO

Año 1978

Disc. a diversos grupos de obreros italianos (9.XII.78) en L'Oss.Rom.esp. 24.XII.78, p. 9.

Año 1979

Disc. de apertura de la III Conferencia General del CELAM en Puebla, México. III (28.I.79) en AAS 71 (1979) pp. 198-203; L'Oss.Rom.esp. 4.II.79, pp. 8-9.

Disc. a los indígenas y campesinos en Oaxaca, México (29.I.79) en AAS 71 (1979), pp. 207-210; L'Oss.Rom.esp. 11.II.79, p. 7.

Disc. en el estadio Jalisco de Guadalajara, México (30.I.79) en AAS 71 (1979), pp. 221-224; L'Oss.Rom.esp. 11.II.79, p. 14.

Disc. a los trabajadores de Monterrey, México (31.II.79) en ASS 71 (1979), pp. 240-245; en L'Oss.Rom.esp. 11.II.79, p. 15.

Enc. Redemptor hominis, 15 (4.III.79) en ASS 71 (1979), 286-289; L'Oss.Rom.esp. 18.III.79, p. 9.

Disc. a un grupo de trabajadores florentinos (24.III.79) en L'Oss.Rom.esp. 22.VII.79, p. 8

Disc. a la Asociación de Mujeres Jefes de Empresas Mundiales (1.VI.79) en L'Oss.Rom.esp. 9.IX.79, p. 8

Disc. a un grupo de trabajadores genoveses (2.IV.79) en L'Oss.Rom.esp. 22.VII.79, p. 8.

Disc. a sacerdotes delegados diocesanos para la pastoral del trabajo (25.IV.79) en L'Oss.Rom.esp. 29.VII.79, pp. 2 y 8.

Mensaje a la conferencia de la O.N.U para el Comercio y el Desarrollo (26.IV.79) en L'Oss.Rom.esp. 20.V.79, p. 11.

Disc. a la X Asamblea de la Asociación Profesional Italiana de Colaboradoras Familiares (29.IV.79) en L'Oss.Rom.esp. 19.VIII.79, p. 4.

Hom. a los obreros en Jasna Gora, Polonia (6.VI.79) en L'Oss.Rom.esp. 17.VI.79, p. 4.

Hom. en el aeropuerto de Nowy Trag, Polonia (8.VI.79) en L'Oss.Rom.esp. 24.VI.79, p. 6.

Hom. en Nowa Huta, Polonia (9.VI.79) en L'Oss.Rom.esp. 24.VI.79, p. 6.

- Disc. a los participantes en la Conferencia Mundial de la Reforma Agraria y el Desarrollo Rural* (14.VII.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 29.VII.79, pp. 1 y 12.
- Hom. en Liemick, Irlanda*, 4 (1.X.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 14.X.79, p. 6.
- Hom. En «Living History Farms» en Des Moises, U.S.A.* (4.X.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 21.X.79, p. 13.
- Disc. en la XXXIV Asamblea General de la O.N.U.*, 13 (2.X.79) en AAS 71 (1979) 1144; en *L'Oss.Rom.esp.* 14.X.79, p. 14.
- Exhortación Apostólica «Catequesis Tradendae»*, 29 (16.X.79) en ASS 71 (1979) p. 1302ss.
- Disc. a los ferroviarios italianos* (8.XI.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 18.XI.79, p. 9 y 14.
- Aloc. Aud. Gén.* (10.X.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 14.X.79, p. 3.
- Disc. al pueblo de Nápoles* (21.X.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 28.X.79, p. 13.
- Aloc. Aud. Gén.* (24.X.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 28.X.79, p. 3.
- Disc. a la Asamblea General de la F.A.O.*, 12 (12.XI.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 28.XI.79, p. 11.
- Disc. a la Unión Cristiana de Empresarios y Dirigentes de Italia* (24.XI.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 27.I.80, p. 12.
- Disc. al Centro Femenino Italiano* (7.XII.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 10.II.80, p. 8.
- Disc. al Comité directivo de la Organización Internacional para el Desarrollo socio-económico* (15.XII.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 10.II.80, p. 8.

Año 1980

- Disc. a los trabajadores de las canteras de Carrara, Italia* (15.III.80) en *L'Oss.Rom.esp.* 13.VII.80, p. 18.
- Hom. en Nursia, Italia, en el XV centenario del nacimiento de San Benito*, 5 y 6 (23.III.80) en *L'Oss.Rom.esp.* 30.III.80, p. 17.
- Disc. al pueblo de Turín* (13.IV.80) en *L'Oss.Rom.esp.* 20.IV.80, p. 15 y 16.
- Hom. en la Iglesia de Saint-Demis en París* (31.V.80) en AAS 72 (1980) pp. 706-716; *L'Oss.Rom.esp.* 8.VI.80, pp. 7 y 8.
- Disc. a los obreros en el estadio de Morubi, Sao Paulo* (3.VII.80) en AAS 72 (1980) pp. 924-932; *L'Oss.Rom.esp.* 13.VII.80, p. 13 y 14.
- Hom. a los agricultores en Recife, Brasil* (7.VII.80) en *L'Oss.Rom.esp.* 27.VII.80, p. 3 y 4.
- Hom. a los empleados de las villas pontificias de Castelgandolfo* (20.VII.80) en *L'Oss.Rom.esp.* 3.VIII.80, p. 3.
- Disc. a los obreros de Aquila, Italia* (30.VIII.80) en AAS 72 (1980), pp-989-995; *L'Oss.Rom.esp.* 7.IX.80, p. 1 y 12.
- Hom. en Velletri, Italia* (7.IX.80) en *L'Oss.Rom.esp.* 14.IX.80, p. 1 y 12.
- Disc. a los participantes en el V Congreso Internacional de la familia* (8.XI.80) *L'Oss.Rom.esp.* 12.IV.81, p. 16.
- Disc. a los participantes de las Conferencias Episcopales Europeas en Subiaco*, 6 (28.IX.80) *L'Oss.Rom.esp.* 5.X.80, p. 16.
- Disc. a los dirigentes empleados y obreros del «Ente Naziole per l'Electricità»* (29.XI.80) *L'Oss.Rom.esp.* 15.III.81, p. 18.

- Disc. a un grupo internacional de ópticos y optómetros* (14.XII.80) en *L'Oss.Rom.esp.* 15. III.81, p. 18.
- Disc. al III Congreso Italiano del Movimiento Cristiano de Trabajadores* (6.XII.80) en *L'Oss.Rom.esp.* 22.III.81, pp. 8 y 11.

Año 1981

- Disc. a la delegación de los sindicatos independientes polacos* (15.I.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 25.I.81, pp. 11 y 12.
- Disc. a los profesionales y catequistas en la «Araneta Coliseum» de Manila* (18.II.81) en AAS 73 (1981) pp. 325-329; *L'Oss.Rom.esp.* 22.II.81, p. 8.
- Disc. a los propietarios y obreros de las plantaciones de azúcar de Bacolod, Filipinas* (20.II.81) en AAS 73 (1981) pp. 373-380; *L'Oss.Rom.esp.* 1.III.81, p. 10.
- Hom. a los agricultores en Legazpi City, Filipinas* (21.II.81) en AAS 73 (1981), pp. 384-388; *L'Oss.Rom.esp.* 1.III.81, p. 12.
- Disc. a los obreros en Terni* (19.III.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 29.III.81, pp. 6 y 10.
- Hom. en el pueblo de Terni* (19.III.81) en AAS 73 (1981), pp. 266-272; *L'Oss.Rom.esp.* 29.III.81, pp. 7 y 8.
- Aloc. Aud. Gén. (no pronunciada por el atentado)* (13.V.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 17.V.81, pp. 3 y 4.
- Mensaje en el 40^a Aniversario de la «Rerum novarum»* (15.V.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 24.V.81, pp. 9 y 10.
- Mensaje a los trabajadores reunidos en Pierkary, Polonia* (31.V.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 7. VI.81, p. 3.
- Disc. de presentación de la «Laborem Exercens»* (13.IX.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 20.IX.81, pp. 1-2.
- Enc. «Laborem exercens»* (15.IX.81) en AAS 73 (1981) pp. 577-647; *L'Oss.Rom.esp.* 20. IX.81, pp. 479-491.
- Aloc. Dominical* (20.IX.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 27.IX.81, pp. 1 y 2.
- Aloc. Dominical* (27.IX.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 4.X.81, pp. 1 y 2.
- Aloc. Dominical* (25.IX.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 1.XI.81, pp. 1.
- Disc. a la Convención Italiana para el 90^o Aniversario de la «Rerum Novarum»* (31.X.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 6.XII.81, p. 18.
- Aloc. Dominical* (8.XI.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 15.XI.81, pp. 1-19.
- Disc. a los participantes en la XXI sesión de la Conferencia de la FAO* (13.XI.81) en ASS 74 (1982) pp. 35-39; *L'Oss.Rom.esp.* 6.XII.81, p. 17.
- Aloc. Dominical* (15.XI.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 22.XI.81, pp. 1 y 12.
- Exhortación Apostólica Familiaris Consorcio*, 23 (22.XI.81) en ASS 74 (1982) pp. 108-109, *L'Oss.Rom.esp.* 20.XII.81, p. 9.
- Aloc. Dominical* (6.XII.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 13.XII.81, pp. 1 y 8.
- Aloc. Dominical* (13.XII.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 20.XII.81, p. 24.
- Disc. a la Curia Romana*, 6 (22.XII.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 3.I.82, p. 2.

Año 1982

- Aloc. a los obispos de Piamonte en su visita «ad limina»* (23.I.82) en *L'Oss. Rom. esp.* 14. II.82, p. 15.
- Disc. a los representantes de varios sindicatos libres* (Roma, 9.II.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 2.V.82, pp. 14 y 18.
- Disc. a los participantes del I Congreso Nacional Italiano del Movimiento Eclesial de Compromiso Cultural* (Roma, 16.I.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 2.V.82, p. 19.
- Hom. En la Catedral de la Santa Cruz de Lagos* (16.II.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 21.II.82, p. 15.
- Disc. a los extranjeros residentes en Nigeria* (16.II.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 21.II.82, p. 17.
- Disc. a los profesionales, obreros y jóvenes, en el estadio Libreville de Gabón* (18.II.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 28.II.82, pp. 12 y 16.
- Disc. a los obreros de Rosignano Solvay en Livorno, Italia* (19.III.82) en *AAS* 74 (1982), pp. 595-605 (en italiano); trad. *L'Oss.Rom. esp.* 28.III.82, pp. 14-16.
- Aloc. a una peregrinación de Terni, Narni y Amelia* (20.III.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 2.V.82, p. 14.
- Disc. inaugural del Simposio «De la «Rerum novarum» a la «Laborem exercens» hacia el año 2000»* (Roma, 3.IV.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 2.V.82, pp. 13 y 23.
- Aloc. en la fiesta de S. José Artesano* (1.V.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 9.V.82, p. 11.
- Aloc. a los campesinos ante el Santuario de la Inmaculada Concepción en Vila Viçosa, Portugal* (14.V.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 23.V.82, pp. 13 y 23.
- Disc. a los trabajadores en la plaza de los Aliados de Oporto* (15.V.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 23.V.82, pp. 21 y 22.
- Disc. a los jóvenes en el parque de Murrayfield de Edimburgo nº 3* (31.V.82) en *L'Oss. Rom. esp.* 13.VI.82, p. 3.
- Disc. a la 68ª Sesión de la Conferencia de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra* (15.VI.82) en *AAS* 74 (1982) pp. 992-1006 en *L'Oss.Rom. esp.* 27.VI.82, pp. 10-12 y 19.
- Carta a la Asamblea Mundial sobre problemas del envejecimiento* (22.VII.82) en *L'Oss. Rom. esp.* 22.VII.82, p. 8.
- Disc. a los jóvenes participantes en el «Meeting 82» de Rimini* (29.VIII.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 8.IX.82, p. 12.
- Saludos a dos Asociaciones de obreros de U.S.A* (16.X.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 13. II.83, p. 4.
- Hom. En la plaza del Santuario de Guadalupe, España* (4.XI.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 14.XI.82, p. 8.
- Hom. en el Polígono Industrial de Toledo nº . 7* (4.XI.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 14.XI.82, p. 14.
- Hom. en Sevilla, nº . 4 y 5* (5.XI.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 14.XI.82, p. 12.
- Disc. a los trabajadores y empresarios en Montjuich, Barcelona* (7.XI.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 21.XI.82, pp. 7 y 14.
- Disc. a las gentes del mar en Santiago de Compostela* (9.XI.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 21. XI.82, p. 17.
- Disc. a los dirigentes y obreros de los astilleros de Palermo* (20.XI.82) en *L'Oss.Rom. esp.* 28. XI.82, pp. 10 y 16.

- Carta al Cardenal Secretario de Estado sobre el trabajo en la Sede Apostólica* (20.XI.82) en *L'Oss.Rom.esp.* 28.XI.82, pp. 7 y 14.
Disc. al Movimiento Cristiano de Trabajadores (18.XII.82) en *L'Oss.Rom.esp.* 17.IV.83 p. 14.
Disc. al Congreso del Centro italiano Femenino (20.XII.82) en *L'Oss.Rom.esp.* 16.I.83, pp. 2 y 8.

Año 1983

- Disc. a los obreros de las Asociaciones Cristianas de Trabajadores Italianos (ACLI)*, (Roma, 5.I.83), en *L'Oss.Rom.esp.* 27.II.83, p. 8.
Aloc. a un grupo de obispos alemanes en su visita «ad limina» (14.I.83) en *L'Oss.Rom.esp.* 27.II.83, p. 13.
Mensaje del Papa a los obreros de América Central, Belice y Haití (8.III.83) en *L'Oss.Rom.esp.* 20.III.83.
Disc. a los campesinos en el estadio Revolución de Managua (7.III.83) en *L'Oss.Rom.esp.* 13.III.83, pp. 17-19.
Aloc. a los trabajadores de la región italiana de Abruzzos (19.III.83) en *L'Oss.Rom.esp.* 27.III.83, pp. 9 y 10.
Hom. en la plaza «Juan Pablo «de Termoli, Italia (19.III.83) en *L'Oss.Rom.esp.* 27.III.83, p. 11.
Saludo a los obreros de la región italiana de Molisa (19.III.83) en *L'Oss.Rom.esp.* 27.III.83, p. 10.
Disc. a los participantes en el Congreso UNIV' 83 (29.III.83) en *L'Oss.Rom.esp.* 17.IV.83, pp. 11 y 12.
Disc. a los miembros de la Comisión Trilateral (18.IV.83) en *L'Osservatore Romano*, 18-19, IV, 83, pp. 1 y 4.
Aloc. dominical (1.V.83) en *L'Oss.Rom.esp.* 8.V.83, p. 1

OBRAS DE KAROL WOJTYŁA

Presentamos aquí una selección de libros y artículos de K. Wojtyła relacionados con el objeto de nuestro trabajo. La bibliografía completa de K. Wojtyła puede encontrarse en W. Gramo Towski, Z. Wilinska, *Karol Wojtyła negli scritti* (edición bilingüe polaco-italiana). Librería editrice Vaticana (Vaticano 1980).

1. *Libros*

- Ocena możliwości zbudowania etyki chrześcijańskiej przy założeniach systemu Maksxa Schelera* (*Valoración de la posibilidad de construir la ética cristiana en la base del sistema de Marx Scheler*), Lublin, 1959. (Trad. de G. Haya, BAC, Madrid, 1980).

Miłość i Odpowi edzialmość (Amor y responsabilidad), Lublin, 1969. (Trad. de J.A. Segarra, Razón y Fe, Madrid, 1969).

U podstaw adnocoj, Studim o realizaciji Vaticanum II (A las Fuentes de la renovación. Estudio para la realización del Vaticano II). Cracovia, 1972. (Trad. de J.L Legaza, BAC, Madrid, 1981).

2. Recopilación de textos

Znak, Któremu sprzeciwić sie beda (Signo de Contradicción), Pallotium, Poznań-Warsawa, 1976. (Trad. de V.M. Fernández, BAC, Madrid, 1978).

Eduzione all'Amore (Traducción italiana de diversos artículos de K. Wojtyła aparecidos entre 1957 y 1958 por E. Cywiak y W. Kujawski), Logos, Roma 1978.

En Esprit et in verite (Traducción francesa de varios artículos de K. Wojtyła aparecidos entre 1948 y 1949 en las revistas *Znak* y *Tygonik Poczczeczny* por G. Jarczyk), Centurion, Paris, 1978.

La fe de la Iglesia (Recopilación de conferencias y homilías), EUNSA, Pamplona, 1979.

Il buon pastore. (Traducción italiana de escritos, discursos y cartas pastorales por E. Cywia & R. Panzone), Logos, Roma, 1978.

Discorsi al popoo di Dios 1976-1978 (Trad. italiana de D.G. Trzaskowska & A. Setolo), Centro de Estudios Orientales. Bolonia, 1978.

Poesías (Trad. castellana de diversos poemas de K. Wojtyła. La traducción castellana ha sido realizada por J. Lobodowski en colaboración con otras personas), BAC, Madrid, 1982.

COMENTARIOS A LA *LABOREM EXERCENS*

ANTONICH, R., «Propiedad en 'Puebla'», en *Lumen vitae* 34 (1979), pp. 215-244.

CAFARRA, C., «Trabajo y sociedad: familia y nación», en *L'Oss.Rom.esp.* 15.XI.81, p. 13.

CHARRIER, F., «Trabajo y capital», en *L'Oss.Rom.esp.* 25.X.81, pp. 9-10.

CLARO, F., «Los sindicatos según Juan Pablo II», en *Verbo* n° 203-204 (1982), pp. 351-366.

CLEMENT, M., «Sur trois définitions nouvelles», *L'Homme Nouveau*, 4.X.81, pp. 3-5.

COSTE, R., «Le travail et l'homme», en *Sprit et rie* n° 3 (1982), pp. 34-46 y n° 4 (1982), pp. 49-57.

— «I tratti salient dell'Enciclica *Laborem Exercens*», en *L'Oss.Rom.esp.* 30.X.81, p. 3.

DE LAHIDALGA, J.M., «La mujer, sus labores y la contestada *Laborem Exercens* de Juan Pablo II», en *Lumen*, vol. XXXI, n° 1 (1981), pp. 67-89.

DE SAINT-DIDIER, F.P., «Qu'est-ce qu'un travailleur?», en *La pesée Catholique*, n° 196 (1982), pp. 16-19.

- DO AMARAL, A.C., «Espiritualidade do trabalho na encíclica *Laborem Exercens*, en *Theologica*, vol. XVI, fasc. III-IV (1981), pp. 709-719.
- FERRARI, A., «Reforma y humanización de las estructuras sociales», en *L'Oss.Rom. esp.* 8.XI.1, pp. 9-10.
- FONSECA, A., «L'Encíclica *Laborem Exercens* e la teoría económica», en *La civitá cattolica*, 133 (1982), pp. 531-544.
- HECKEL, R., «Continuidad y renovación en la doctrina social de la Iglesia», en *L'Oss. Rom. esp.* 11.X.81, pp. 9 y 10.
- HÖFFNER, J., «Consideraciones sobre la espiritualidad y sobre las condiciones actuales del trabajo humano», en *L'Oss.Rom. esp.* 4.X.81, pp. 9 y 10.
- ILLANES, J.L., «Trabajo, historia y persona. Elementos para una teología del trabajo en *Laborem Exercens*», *Scripta Theologica* 15(1983/1) 205-232.
- LAJE, E.J., «El sentido de 'socialización' en *Laborem Exercens*», *Stromata XXXVIII* (1982), pp. 117-126.
- LEFÈVRE, L.J., «L'encyclique laborem exercens», en *La Pensé Catholique*, n° 196 (1982), pp. 5-11.
- MARCHESI, G., «L'uomo e il lavoro nell'enciclica *Laborem Exercens*», en *Civiltá Cattolica*, n° 133 (1982), pp. 521-533.
- MONDIN, B., «Linee d'une nuova cultura del lavoro nell'Enciclica *Laborem Exercens*», en *Divinitas*, An. XXVI, Fus. 2 (1982), pp. 191-203.
- QUADRI, S.B., «Dignidad y prioridad de la persona humana», en *L'Oss.Rom. esp.* 1. XI.81, p. 17.
- SORGE, B., «Per una nuova solidarietà del mondo del lavoro: il contributo della *Laborem Exercens*», en *La Civitá Cattolica*, n° 133 (1982), pp. 473-485.
- SPIAZZI, R., «Evangelio del trabajo y dignidad del hombre», en *L'Oss.Rom. esp.* 18.X.81, pp. 9 y 10.
- SUAREZ, E., «A propósito de la *Laborem Exercens*: El hombre libre en el tiempo libre», en *Ciencia Tomista*, To 109, n° 3 (1982), pp. 525-538.
- VV.AA., «Il lavoro dell'uomo», en *Studi Cattolici*, An. XXV, n° 249 (1981), pp. 679-703.
- VV.AA., *Giovanni Paolo II: «Laborem Exercens» (comentarios)*, Librería Vaticana, Città del Vaticano, 1982.
- VV.AA., *L'enciclica «Laborem Exercens» e la società industriale (Incontro di studio tra la civitá cattolica e confindustria)*, Roma, 1982.
- VERBO, «Socialisation et *Laborem Exercens*», en *La Pensée Catholique*, n° 196 (1982), pp. 24-30.
- VICENT, A., «Le 'fil conductor' de l'Encyclique», en *La pensée Catholique*, n° 196 (1982), pp. 12-15.

Abreviaturas de la Tesis

I. LIBROS DE LA SAGRADA ESCRITURA

| | | | |
|-------|--------------------------|-------|---------------------------|
| Ab | Abdías | Judas | Carta de Judas |
| Ag | Ageo | Lc | Evangelio según S. Lucas |
| Am | Amós | Lm | Lamentaciones |
| Ap | Apocalipsis | Lv | Levítico |
| Ba | Baruc | 1 M | Macabeos I |
| 1 Cor | 1ª Carta a los Corintios | 2 M | Macabeos II |
| 2 Cor | 2ª Carta a los Corintios | Mc | Evangelio según S. Marcos |
| Col | Carta a los Colosenses | Mi | Miqueas |
| 1 Cro | Crónicas I | Ml | Malaquías |
| 2 Cro | Crónicas II | Mt | Evangelio según S. Mateo |
| Ct | Cantar de los Cantares | Na | Nahum |
| Dn | Daniel | Ne | Nehemías |
| Dt | Deuteronomio | Nm | Números |
| Ef | Carta a los Efesios | Os | Oseas |
| Esd | Esdras | 1Pt | 1ª Carta de San Pedro |
| Est | Ester | 2Pt | 2ª Carta de San Pedro |
| Ex | Éxodo | Pr | Proverbios |
| Ez | Ezequiel | Qo | Eclesiastés |
| Flm | Carta a Filemón | 1 R | Reyes I |
| Flp | Carta a los Filipenses | 2 R | Reyes II |
| Ga | Carta a los Gálatas | Rm | Carta a los Romanos |
| Gn | Génesis | Rt | Rut |
| Ha | Habacuc | 1 S | Samuel I |
| Hb | Carta a los Hebreos | 2 S | Samuel II |
| Hch | Hechos de los Apóstoles | Sal | Salmos |
| Is | Isaías | Sb | Sabiduría |
| Jb | Job | Si | Eclesiástico |
| Jc | Jueces | So | Sofonías |
| Jdt | Judit | St | Carta de Santiago |
| Jl | Joel | Tb | Tobías |
| Jn | Evangelio según S. Juan | 1 Tm | 1ª Carta a Timoteo |
| 1 Jn | 1ª Carta de San Juan | 2 Tm | 2ª Carta a Timoteo |
| 2 Jn | 2ª Carta de San Juan | 1 Tś | 1ª Carta a Tesalonicenses |
| 3 Jn | 3ª Carta de San Juan | 2 Tś | 2ª Carta a Tesalonicenses |
| Jon | Jonás | Tt | Tito |
| Jr | Jeremías | Za | Zacarías |
| Jos | Josué | | |

II. OTRAS ABREVIATURAS

| | |
|-----------------|---|
| AA | CONC. VATICANO II, Decreto <i>Apostolicam actuositatem</i> (18.XI.65) en AAS 58 (1968), pp. 837-864 |
| AAS | <i>Acta Apostolicae Sedis</i> |
| AL | <i>Acta Leonis XII</i> |
| Aloc. | Alocución |
| Aloc. Aud. Gén. | Alocución en Audiencia General |
| AP | <i>Anuario Petrus</i> |
| ASS | <i>Acta Sanctae Sedis</i> |
| BPS | <i>Breviario de Pastoral Social</i> , Rialp (Madrid, 1949) |
| cap. | capítulo |
| Cfr. | Confróntese |
| Const. | Constitución |
| DH | CONC. VATICANO II, Declaración <i>Dignitatis humanae</i> (7.XII.65) en AAS 58 (1966), pp. 929-946 |
| Disc. | Discurso |
| DM | JUAN PABLO II, Encíclica <i>Dives in misericordia</i> (30.IX.80) en AAS 72 (1980), pp. 117-1232 |
| DPDS | <i>Doctrina Pontificia – Documentos Sociales</i> . Edición preparada por F. Rodríguez. Traductor C.H. Nuñez, 5ª ed., BAC, Madrid, 1964. |
| Dz | H. Denzinger, <i>Enchiridion symbolorum definitionum de rebus fidei et morum</i> , 31ª edición (Barcelona, 1960). Al número correspondiente de esta edición, le sigue otro número entre paréntesis que corresponde a la edición de Denzinger-Schönmetzer, 36ª edición (Barcononae, 1963 ss) |
| Enc. | Encíclica |
| PC | JUAN PABLO II, Exhortación apostólica <i>Familiaris consortio</i> (22.XI.81) en AAS 74 (1982), pp. 81-191 |
| GS | CONC. VATICANO II, Const. Pastoral <i>Gaudium et Spes</i> (7.XII.65) en AAS 58 (1966), pp. 1025-1120 |
| Hom. | Homilía |
| LE | JUAN PABLO II, Encíclica <i>Laborem Exercens</i> (14.IX.81) en AAS 73 (1981), pp. 577-647 |
| LG | CONC. VATICANO II. Const. Dogmática <i>Lumen Gentium</i> (21.XI.64) en AAS 57 (1965), pp. 5-71 |
| L'Oss.Rom.esp. | <i>L'Osservatore Romano. Edición semanal en español</i> |
| p. | Página |
| OIT | Organización Internacional del Trabajo |
| PG | Migne, J.P. <i>Patrologiae Graecae, cursus completus</i> (Paris, 1857 ss) |
| PL | Migne, J.P. <i>Patrologiae Latinae, cursus completus</i> (Paris, 1844 ss) |
| Radiom. | Radiomensaje |
| RH | JUAN PABLO II, Encíclica <i>Redemptor Hominis</i> (4.III.79) en AAS 71 (1979), pp. 257-324 |
| S.Th | Santo Tomás de Aquino, <i>Summa Theologiae</i> |

Homo Laborem exercens

Aproximación a la concepción cristiana del trabajo
en el Magisterio de Juan Pablo II

I. EL EVANGELIO DEL TRABAJO

Esta es la concepción cristiana del trabajo: arranca de la fe en Dios Creador y, mediante Cristo Redentor, llega a la edificación de la sociedad humana, a la solidaridad con el hombre.

JUAN PABLO II¹

Estas palabras, pronunciadas con ocasión del viaje apostólico de Juan Pablo II a Brasil en 1980, manifiestan con toda claridad dos grandes pilares en los que se fundamentan las enseñanzas de este Papa sobre la concepción cristiana del trabajo: Creación y Redención. En parecidos términos se expresó en otras ocasiones².

Juan Pablo II, en efecto, presta especial atención a las verdades sobre el trabajo contenidas en las narraciones de la Creación de los primeros capítulos del Génesis. En ellos, se encuentra lo él denomina «el primer Evangelio del trabajo»³, que prepara el Evangelio del trabajo proclamado, ante todo, con la vida redentora de Cristo. «Jesús –afirma el Papa– no solamente lo anunciaba, sino que ante todo, cumplía con el trabajo el «evangelio» confiado a él, la palabra de la Sabiduría eterna. Por consiguiente, esto era también el «evangelio del trabajo», pues el que lo proclamaba, él mismo era hombre del trabajo, del trabajo artesano al igual que José de Nazaret (cfr. Mt 13, 55)». En las enseñanzas de Juan Pablo II no faltan, además, diversas alusiones al trabajo humano en el Antiguo Testamento⁴, el trabajo de la Virgen María y San José⁵ y la actividad laboral del Apóstol de las gentes⁶. Todo ello forma parte del «Evangelio del trabajo».

1. EL TRABAJO EN EL MISTERIO DE LA CREACIÓN

Aunque en el estado actual del hombre después del pecado original es distinto del estado original, hunde en él sus raíces. San Juan Pablo II fijándose en Cristo que remite a los fariseos a la situación del hombre «al principio» al tratar del matrimonio⁷ extiende sus conclusiones normativas a la teología del hombre⁸ y a su trabajo. De aquí que pueda afirmar que «la concepción cristiana del trabajo arranca de la fe en Dios Creador»⁹ ya que «en el comienzo mismo del trabajo humano se encuentra el misterio de la creación»¹⁰.

a) *El trabajo responde al designio y a la voluntad de Dios*

A propósito de los primeros capítulos del Génesis, conviene recordar que no fue intención del autor sagrado enseñar de modo científico, sino dar una noticia acomodada a los sentidos y a la capacidad de los hombres, siguiendo el uso común del lenguaje de su tiempo. Sin embargo, el Génesis narra cosas realmente sucedidas, de modo que responden a la realidad objetiva y a la verdad histórica¹¹. Sin embargo, como explica Juan Pablo II, «el análisis de estos textos nos hace conscientes a cada uno del hecho de que en ellos –a veces aun manifestando el pensamiento de una manera arcaica– han sido expresadas las verdades fundamentales sobre el hombre ya en el contexto de la Creación. Estas son las verdades que deciden acerca del hombre desde el principio y que, al mismo tiempo, trazan las grandes líneas de la existencia en la tierra, tanto en el estado de justicia inicial como también después de la ruptura»¹².

Los dos primeros capítulos del Génesis presentan estilos diversos, pero contienen idénticas revelaciones sobre el hombre y los planes de Dios, también en relación con el trabajo. El primer capítulo pertenece a la tradición sacerdotal y el segundo a la tradición yahvista.

El trabajo aparece en la primera narración de la creación en la bendición divina a nuestros primeros padres que incluye: «someted la tierra» y el dominio sobre toda la creación¹³, ya que ello se realiza por el trabajo. En la segunda narración, el trabajo aparece de un modo todavía más explícito, al señalar la voluntad de Dios de poner a Adam en el jardín del Edén para que lo cuidara y cultivase¹⁴. Juan Pablo II lo explica así:

El texto yahvista presenta la creación del hombre antropomórficamente y, en consecuencia, no es de extrañar que se mencione explícitamente el trabajo. El autor sagrado describe primeramente el estado en que se encontraba la tie-

rra antes de la creación del primer hombre, destacando la ausencia del trabajo sobre la misma: «Al tiempo de hacer Yahvé Dios la tierra y el cielo, no había todavía arbusto alguno del campo sobre la tierra, ni había germinado hierba alguna porque Yahvé Dios no había hecho todavía llover sobre la tierra, ni había hombre que cultivase el suelo e hiciese subir de la tierra el agua con que regar la superficie del suelo...¹⁵. Después, tras narrar la creación del hombre, el texto explicita el deseo de Dios: «Plantó Yahvé Dios un Jardín en Edén, al oriente, y en él puso al hombre que había formado... para que lo cultivase y guardase»¹⁶. En palabras del Papa: asociamos «asociamos justamente este pasaje al del primer relato, en el que se expresa el mandamiento divino: ‘Henchid la tierra: sometedla y dominad’ (Gn 1,28). El segundo relato alude de manera explícita *al trabajo que el hombre desarrolla para cultivar la tierra*»¹⁷.

Así, pues, el trabajo «responde al designio y a la voluntad de Dios»¹⁸. Estas palabras Juan Pablo II son como un eco de las expresados por el Concilio Vaticano II con respecto a la actividad humana en general¹⁹ y al trabajo en particular: «El hombre, con su trabajo –afirma el Concilio– «cumple personalmente el plan del mismo Dios, manifestado a la humanidad al comienzo de los tiempos de someter la tierra y perfeccionar la creación»²⁰.

b) *Vocación del hombre al trabajo*

El primer relato genesiaco presenta la vocación del hombre al trabajo mediante la solemne bendición de Dios que sigue a la creación del hombre a imagen a semejanza de Dios²¹: «Procread y multiplicaos, poblad la tierra y sometedla; y dominad sobre las aves del cielo y sobre cuantos animales se mueven sobre la tierra» añadiendo: «Yo os doy toda planta sementífera sobre toda la superficie de la tierra y todo árbol que da fruto conteniendo simiente en sí»²². Glosando este texto, Juan Pablo II comenta que «aunque estas palabras no se refieren directa y explícitamente al trabajo, indirectamente ya se lo indican sin duda alguna como una actividad a desarrollar en el mundo. Más aún, demuestran su misma esencia más profunda»²³. El dominio sobre la tierra es algo característico del hombre. De entre toda la creación visible, solamente el hombre recibe la bendición de Dios para dominar la tierra, que es tanto como una llamada imperativa a trabajar.

Juan Pablo II hace notar cómo entre el texto sacerdotal y el yahvista existe una estrecha correspondencia. Ambos textos presentan el trabajo como algo querido por Dios para el hombre, sin cuyo concurso no hay dominio ni

cultivo de la tierra. La revelación sobre el trabajo contenida en el Génesis no deja lugar a dudas de que el trabajo del hombre corresponde a los eternos designios de Dios. En otras palabras, el hombre está llamado por Dios a trabajar desde el comienzo mismo de su existencia sobre la tierra. Juan Pablo II se ha referido en numerosas ocasiones a la vocación del hombre al trabajo. En la LE lo explicita en las palabras introductorias:

Hecho a imagen y semejanza de Dios (cfr. Gen 1,26) en el mundo visible y puesto en él para que dominase la tierra (cfr. Gen 1,28), el hombre esta desde el principio llamado al trabajo²⁴.

El llamamiento de Dios a trabajar no coacciona, pero sí obliga en conciencia hasta convertirse en precepto divino. Se trata de un deber moral y no sólo de una necesidad biológica de subsistencia²⁵. Todo hombre tiene obligación de trabajar; el trabajo es un deber del hombre y esto en el múltiple sentido de esta palabra²⁶.

2. EL TRABAJO EN EL MISTERIO DE CRISTO

Junto a la condena del hombre a la fatiga en el trabajo y la maldición sobre la tierra, aparece en el Génesis la promesa del Redentor.²⁷ El hombre caído por el pecado será definitivamente redimido por el Hijo de Dios hecho hombre. Desde la perspectiva de la Encarnación del Verbo y la Redención del género humano, el trabajo humano adquiere una dignidad incomparable. Juan Pablo II hace notar que la verdad sobre el trabajo contenido en el Génesis, «encontró confirmación particular cuando el Hijo de Dios hecho hombre eligió el trabajo manual durante los treinta años de vida escondida en la casa nazarena de María y José, hasta el punto de que lo llamaron ‘el hijo del carpintero’ (Mt 13,55)»²⁸.

a) *El trabajo a la luz de la Encarnación del Verbo*

Mediante la Encarnación, el Verbo asumió plenamente la naturaleza humana, es decir, la naturaleza propia de cada hombre, de tal modo que, como ya afirmaba el Concilio de Quierzy, en el año 853, siguiendo el unánime pensar de la Patrística, «no hay, hubo o habrá hombre alguno cuya naturaleza no fuera asumida en Él (Cristo)»²⁹. Así pues, al asumir la naturaleza del hombre, Cristo se unió ya, de algún modo, con todo hombre. En palabras de Concilio

Vaticano II: «En Él (Cristo) la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, a todo hombre»³⁰. En la Encarnación –comenta san Juan Pablo II– «la historia del hombre ha alcanzado su cumbre en el designio de amor a Dios. Dios ha entrado en la historia de la humanidad y en cuanto hombre se ha convertido en sujeto suyo, uno de los millones y millones y al mismo tiempo Único. A través de la Encarnación, Dios ha dado a la vida humana la dimensión que quería dar al hombre desde sus comienzos y la ha dado de manera definitiva»³¹.

Esta nueva dimensión de la vida humana alcanza lógicamente al trabajo, que ocupa una notable parte de la existencia del hombre sobre la tierra. Dicho de otro modo, el trabajo, en cuanto realidad humana, también ha sido asumido por Cristo en virtud de la Encarnación del Verbo. Con la Encarnación, Cristo hace suyo, de algún modo, todo el trabajo de los hombres comunicando al mismo una incomparable dignidad. Juan Pablo II lo explica así: «en Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella y, al mismo tiempo, en Cristo y por Cristo, el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia»³². Y en el sentido existencial de la vida humana, se encuentra el trabajo –«dimensión fundamental de la existencia humana sobre la tierra»–³³. La dimensión que el trabajo ha alcanzado en Cristo lo eleva a la trascendencia divina.

b) *El trabajo a la luz de la Redención*

La Encarnación es el primer acto redentor de todo el conjunto de actos que constituyen la vida de Cristo. A la luz del misterio de la Redención el trabajo adquiere una nueva perspectiva. Juan Pablo II desarrolló ampliamente el tema de la Redención en su primera encíclica *Redemptor hominis*, ve en el trabajo del hombre un valor corredentor cuando se realiza viviendo la vida de Cristo.

Es una verdad de fe que Cristo vino a salvar a todos los hombres, redimiéndoles del pecado, del demonio y de la muerte eterna³⁴. Con la Encarnación Cristo se ha unido, de algún modo, con todo hombre; con la Redención esta unión puede llegar a plenitud. Por la gracia del Espíritu Santo, el hombre puede llegar a ser hijo de Dios en Cristo.³⁵ A esta plena incorporación a Cristo³⁶, están llamados todos los hombres, pues Cristo redimió a todos los hombres sin excepción alguna³⁷. Aunque no todos llegan a alcanzar plenamente los frutos de la

Redención³⁸, «todo hombre está penetrado por aquel soplo de vida que procede de Cristo»³⁹ y todo hombre está llamado a unirse plenamente a Cristo a través de la Iglesia, «instrumento de redención universal»⁴⁰. De aquí, que la Iglesia contemple al hombre, desde el misterio de la Encarnación y de la Redención, con especial profundidad, esto es, como dice el Papa, «en la plena verdad de su existencia»⁴¹ –por tanto, también en su trabajo– y, en consecuencia, «la Iglesia debe ser consciente también de todo lo que parece ser contrario al esfuerzo para que «la vida humana sea cada vez más humana» (GS 10), para que todo lo que compone esta vida⁴² responda a la verdadera dignidad del hombre».

La Redención obrada por Cristo da, pues, al hombre la dignidad definitiva, al haberse convertido en nuestra reconciliación ante el Padre.⁴³ «La Redención –comenta Juan Pablo II– ha vuelto a dar definitivamente al hombre la dignidad y el sentido de su existencia en el mundo, sentido que había perdido en gran medida a causa del pecado»⁴⁴. «En el misterio de la Redención –afirma Juan Pablo II– el hombre es ‘confirmado’ y en cierto sentido es nuevamente creado»⁴⁵.

Por Cristo se consuma la creación en la salvación, se restaura la creación a un nivel superior. La redención, lejos de ser una yuxtaposición a la Creación, está plenamente integrada en los eternos designios de Dios. «El Dios de la creación –dice Juan Pablo II– se revela como Dios de la redención, como Dios que es fiel a sí mismo (cfr. I Tés 5,24), fiel a su amor al hombre y al mundo, ya revelado el día de la creación»⁴⁶.

La Redención obrada por Cristo abarca no sólo a los hombres sino también a todo el universo. Cristo es «primogénito de toda criatura; porque en Él fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra (...) Todo fue creado por Él y para Él. Él es antes que todo y todo subsiste en Él»⁴⁷. Cristo redime al hombre y redime a la «tierra» entregada al hombre para que la cultivara y maldita después por el pecado⁴⁸.

En Cristo, según la conocida doctrina paulina, se recapitulan todas las cosas, las del cielo y las de la tierra⁴⁹. El Verbo de Dios –enseña el Vaticano I– se encarnó para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas»⁵⁰. Quiso Dios, «unificar todas las cosas, tanto naturales como sobrenaturales, en Cristo Jesús, «para que Él tenga la primacía sobre todas las cosas» (Col 1,18)⁵¹. La tierra, que fue maldita como consecuencia del pecado, es también redimida por Cristo». ¡Redentor del mundo! –exclama Juan Pablo II–. En Él se ha revelado de un modo nuevo y más claro y más admirable la verdad fundamental sobre la creación que testimonia el libro del Génesis: «Y vio Dios ser bueno» (cfr. Gn 1)»⁵². El Papa explica la revelación de Cristo sobre la Creación del siguiente modo: «El bien tiene su fuente en la Sabiduría y en el Amor. En Jesucristo, el mundo visible ha sido creado por Dios para el hombre

(cfr. Gn 1, 26-30), pero una vez ha entrado el pecado en el mundo, éste está sujeto a la vanidad (cfr. Rom 8,30; cfr. *ibid.*, 8,19 22; GS 2) y adquiere nuevamente el vínculo original con la misma fuente de la Sabiduría y del Amor»⁵³.

La reconciliación del mundo con Dios en Cristo ya incoada, todavía no ha llegado a su consumación⁵⁴. Sin embargo, el mundo, que salió bueno de las manos de Dios y fue dado como don al hombre para que lo trabajara, está definitivamente orientado a Dios⁵⁵.

La Redención de Cristo da al trabajo una dimensión escatológica. «Lo que Dios quiere –enseña el Vaticano II– es hacer de todo el mundo una nueva creación en Cristo, incoativamente aquí en la tierra, plenamente en el último día».⁵⁶ Este es el plan de Dios sobre el mundo: «que los hombres instauren con espíritu de concordia el orden temporal y lo perfeccionen sin cesar»⁵⁷.

II. EL TRABAJO COMO DOMINIO RESPONSABLE Y PARTICIPACIÓN EN LA REALEZA DE CRISTO

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: –Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que reptan la tierra.

Gn 1, 27-28.

Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios.

I Cor 3,23.

1. EL TRABAJO COMO PROCESO DE DOMINIO RESPONSABLE

Juan Pablo II ve el trabajo como el modo en que se lleva a cabo el dominio del hombre sobre la tierra. Analizamos aquí diversas enseñanzas de este Papa alrededor de este versículo del Génesis.

a) *El trabajo, proceso de dominio sobre la tierra*

En la introducción de la LE, Juan Pablo II afirma que «trabajo significa todo tipo de acción realizada por el hombre independientemente de sus características o circunstancias; significa toda actividad humana que se puede

o se debe reconocer como trabajo entre las múltiples actividades de las que el hombre es capaz y a las que está predispuesto por la naturaleza misma en virtud de su humanidad»⁵⁸. Obviamente no puede decirse que toda actividad del hombre sea trabajo. El trabajo puede distinguirse de otras actividades humanas como el juego y la pura contemplación. En un pasaje de la LE, Juan Pablo II concreta un poco más y habla de trabajo como proceso de dominio sobre la tierra. Lo hace inspirado en el primer libro del Génesis. Son estas: «el proceso mediante el cual el hombre y el género humano someten la tierra»⁵⁹. Analicemos la citada expresión:

- *Proceso*, significa acción de ir hacia delante, o también algo que se realiza en varias fases y, en todo caso, de un fenómeno que exige cierto transcurso de tiempo. Todo ello es aplicable al trabajo que, de algún modo, se dirige hacia algo situado frente al hombre que lo realiza. El trabajo tiene lugar en el tiempo: tiene un inicio y un final que limitan la acción de trabajar entre el instante en que se produce la contemplación intelectual del fin a alcanzar y el instante final contemplativo de la obra realizada⁶⁰. En la duración temporal del trabajo se contienen las diversas fases o etapas de que consta.
- *mediante el cual*, indica algo esencial al trabajo: su carácter de medio para someter la tierra, ya sea directamente o mediante instrumentos técnicos. Quedan también incluidos en el dominio de la tierra aquellas actividades como la llamada industria de los servicios y la investigación pura o aplicada.
- *el hombre y el género humano*: es cada hombre concreto quien realiza el dominio, pero a la vez es algo que incumbe a todo el género humano. Cada hombre trabaja de acuerdo con sus peculiares capacidades y posibilidades externas y entre todos los hombres se lleva a cabo el dominio sobre la tierra: unos directamente y otros prestando servicios a otros hombres. Así, algunos hombres hacen posible que otros hombres sometan directamente la tierra para que en su conjunto, el género humano domine la tierra. Solidariamente, unos y otros contribuyen al dominio de la tierra, incluyendo también una solidaridad intergeneracional⁶¹.
- *someten la tierra*: esto es, la ponen a su servicio. El trabajo «supone un dominio específico del hombre sobre la ‘tierra’ y a la vez confirma y desarrolla este dominio»⁶². El término ‘tierra’ engloba toda la creación visible alcanzable por el hombre. Mediante el trabajo el hombre somete, pues, todos cuantos bienes materiales encuentra a su alrededor;

desde los campos y bosques a los espacios interplanetarios. Someter o dominar la tierra no supone, en modo alguno un dominio despótico, sino responsable. El segundo capítulo del Génesis aclara que el hombre ha de cuidar y cultivar la tierra⁶³.

Las anteriores palabras definitorias, que consideran el trabajo como el medio de dominio de la tierra, forman parte al menos explícitamente de la perenne doctrina cristiana del trabajo. Pío XII⁶⁴ en alguna ocasión se refirió a ello y el Vaticano II desarrolló la idea con claridad y amplitud al afirmar: «El hombre... cuando con el trabajo de sus manos o con ayuda de los recursos técnicos cultiva la tierra para que produzca frutos y llegue a ser morada digna de toda la familia humana y cuando conscientemente asume su parte en la vida de los grupos sociales, cumple personalmente el plan mismo de Dios, manifestado a la humanidad al comienzo de los tiempos, de someter la tierra (cfr. Gen 1,28) y perfeccionar la creación»⁶⁵.

Esta visión del trabajo como ‘dominio’ sobre la naturaleza material implica la superioridad del hombre –imagen de Dios– sobre el mundo manifestada como un dominio libre. El Papa lo expresa en palabras inequívocas:

El trabajo entendido como proceso mediante el cual el hombre y el género humano someten la tierra, corresponde a este concepto fundamental de la Biblia solo cuando, al mismo tiempo, en todo este proceso, el hombre se manifiesta y confirma como el que ‘domina’⁶⁶.

El trabajo no es pues un mero proceso de intercambio de materias entre el hombre y la naturaleza⁶⁷ al modo de Marx sino un proceso de dominio en el que el hombre trasciende su trabajo y se confirma como el que domina; el hombre no es un engranaje más sometido al régimen de producción el cual condiciona toda su vida⁶⁸, sino alguien que trabaja con un fin superior al fin del proceso productivo.

El proceso de dominio del hombre sobre la tierra ha de responder al modo de ser humano. Por tanto, en todo trabajo, para que realmente lo sea, debe ser una actividad consciente y un dominio libre⁶⁹, como corresponde a la naturaleza humana.

Con inteligencia y mediante el concurso de su libertad, el hombre «domina» la tierra. El hombre conoce el mundo exterior y se conoce a sí mismo. En el estado del hombre, como afirma el último Concilio, «la inteligencia no se ciñe únicamente a los fenómenos. Tiene capacidad para alcanzar la realidad inteligible con verdadera certeza, aunque a consecuencia del pecado esté

parcialmente oscurecida y debilitada»⁷⁰. Este conocimiento está en la base del dominio del hombre sobre la tierra; con su razón y por medio de su cuerpo el hombre hace realidad el sometimiento de la tierra.

Con su inteligencia y dinamismo creador provoca cambios profundos y acelerados que se extiende al universo entero, como constataba el Vaticano II. Sin embargo, la naturaleza caída se deja sentir también en este dominio. Por una parte, muchas veces surge en el hombre un desequilibrio entre la inteligencia práctica moderna y una forma de conocimiento teórico que no logra dominar y ordenar la suma de sus conocimientos en síntesis satisfactorias⁷¹. Por otra, mientras el hombre amplía extraordinariamente su poder, no siempre consigue someterlo a su servicio⁷².

b) *La tierra, don de Dios y responsabilidad del hombre*

De la narración bíblica se deduce que la tierra es don gratuito de Dios al hombre. En los relatos de la creación, en efecto, el hombre recibe el mundo como un don y aparece, además, como el único ser en el mundo capaz de comprender el sentido mismo de este don. Juan Pablo II lo resalta especialmente:

En el relato de la creación del mundo visible el donar tiene sentido sólo respecto al hombre. En toda la obra de la creación, sólo de él se puede decir que ha sido gratificado por un don: el mundo visible ha sido creado ‘para él’. El relato bíblico de la creación nos ofrece motivos suficientes para esta comprensión e interpretación: *la creación es un don, porque en ella aparece el hombre, que, como ‘imagen de Dios’, es capaz de comprender el sentido mismo del don en la llamada de la nada a la existencia. Y es capaz de responder al Creador con el lenguaje de esta comprensión. Al interpretar con este lenguaje el relato de la creación, se puede deducir de él que ella constituye el don fundamental y originario: el hombre aparece en la creación como el que ha recibido en don el mundo, y viceversa, puede decirse también que el mundo ha recibido en don al hombre*⁷³.

La consideración de la tierra como don de Dios es una idea muy repetida por los últimos Papas⁷⁴ y por el Vaticano II⁷⁵. Juan Pablo II, en su magisterio, subraya con trazos, vigorosos la relación profunda que existe entre el don de la tierra y el hombre, único ser capaz de apreciar este don, que con su trabajo debe transformar reconociendo y glorificando continuamente al Creador, dador de todo bien.

La tierra como don de Dios conlleva responsabilidad. Responsabilidad reconociendo la tierra como don y comportándose de tal manera que en todo momento se manifiesta que su gratitud a Dios. Responsabilidad también en el modo de dominar la tierra. Juan Pablo II subraya cómo «desde el principio, y en beneficio de todos, Dios ha querido la interacción de la tierra y trabajo para que pueda ser siempre promovida y protegida la total dignidad del hombre»⁷⁶. En otras palabras, Dios no quiere actuar sin una específica aportación humana, quiere respetar la dignidad del hombre quien con su trabajo transformará la tierra que le fuera entregada por su Creador: «la tierra es, a la vez, don de Dios y responsabilidad del hombre»⁷⁷. «Y, así como Dios no quiere actuar sin una específica aportación humana, así el hombre no puede comportarse como si él fuese el soberano exclusivo de la creación»⁷⁸.

Ante quienes no aciertan en reconocer que la tierra es un don de Dios, Juan Pablo II considera la evidencia del punto de partida de todo trabajo productivo: nunca se parte del vacío; el hombre no hace su obra de la nada, sino que utiliza cuanto ya había sido creado⁷⁹. Además, en cualquier trabajo surgen las leyes naturales y el magnífico orden de la creación. «Pueden los hombres que viven en este orden –se pregunta el Papa– continuar ignorando todavía a Aquel que ha creado este orden?»⁸⁰.

Implícito en el don de la tierra al hombre está la transcendencia del ser humano sobre la creación material. El hombre es parte de la creación material, pero a la vez ejerce señorío sobre ella; tiene dominio sobre la creación visible. Se trata de una verdad bien establecida en la Sagrada Escritura⁸¹ y en la doctrina de los Padres⁸². El Concilio Vaticano II resalta en varios documentos⁸³ que el hombre ha sido creado por Dios, no como un elemento más dentro del cosmos, sino como alguien colocado por encima de él. El hombre en modo alguno puede confundirse con la naturaleza, aunque, ciertamente, también es naturaleza. El hombre forma parte del cosmos pero sólo él tiene alma espiritual; sólo él, dentro de la creación material, es una persona. Desde sus escritos más tempranos, K. Wojtyła expresaba la necesidad de distinguir en la creación entre los objetos que son simplemente «algo» y el hombre que es «alguien» dentro del mundo⁸⁴. Esta distinción filosófica es también una verdad de fe. Juan Pablo II lo subraya en relación con el mandato de Dios de dominar la tierra:

El hombre es creado sobre la tierra y al mismo tiempo que el mundo visible. Pero, a la vez, el Creador le ordena subyugar y dominar la tierra (cfr. Gn. 1,28); está colocado, pues, por encima del mundo. Aunque el hombre está tan estrechamente unido al mundo visible, sin embargo, la narración bíblica no habla de su semejanza con el resto de las criaturas sino solamente con Dios»⁸⁵.

En otras palabras, no cabe una reducción del hombre al mundo, como ya definiera el Concilio Vaticano I⁸⁶, ni una reducción del hombre a pura naturaleza material⁸⁷. La concepción cristiana del trabajo se basa en la verdad sobre el hombre proclamada por la Iglesia y en la que Juan Pablo II pone un especial énfasis:

La Iglesia posee, gracias al Evangelio, la verdad sobre el hombre. Esta se encuentra en una antropología que la Iglesia no cesa de profundizar y de comunicar. La afirmación primordial de esta antropología es la del hombre como imagen de Dios, irreductible a una simple parcela de la naturaleza, o a un elemento anónimo de la ciudad humana (cfr. *Gaudium et Spes*, n. 12 y 14)⁸⁸.

c) *Universalidad y multiplicidad formal del proceso de dominio*

En el proceso de dominio de la naturaleza, Juan Pablo II señala otras dos notas características que conviene resaltar: la universalidad del trabajo y la multiplicidad de formas que presenta. La universalidad puede ser entendida en un doble sentido. Por una parte, el proceso de dominio, encomendado por Dios al primer hombre, «abarca a todos los hombres, a cada generación, a cada fase del desarrollo económico y cultural»⁸⁹. Todos los hombres que han sido son y serán tienen el deber y el derecho de trabajar. Por otra parte, el producto del trabajo no se limita al hombre que trabaja. El hombre produce para él y para sus semejantes; para sus contemporáneos y también para las generaciones futuras. El trabajo del hombre, así considerado, es en palabras del Papa «su aportación a la gran obra de las generaciones, la obra del mantenimiento y progreso de la humanidad, de las naciones y de las familias»⁹⁰. De alguna forma, cada hombre se prolonga en el espacio y en el tiempo a través de los frutos de su trabajo.

Además de su universalidad, el trabajo, aun siendo una única realidad, se presenta con multiplicidad de formas. «Todos y cada uno (de los hombres) –dice Juan Pablo II– en una justa medida y en un número incalculable de formas, toman parte en este gigantesco proceso, mediante el cual el hombre ‘somete la tierra’ con su trabajo»⁹¹.

La evidente multiplicidad de formas en que se presenta el trabajo fue glosada extensamente por Juan Pablo II en su discurso ante la Organización Internacional del Trabajo en su visita de 1979. Puso de relieve que la realidad del trabajo en sus dimensiones profundas, es la misma en todo el mundo, aunque aparece de diversas formas:

La realidad del trabajo, es la misma dentro de la *multiplicidad de formas*: el trabajo manual y el trabajo intelectual; el trabajo agrícola y el trabajo en la industria; el trabajo en los servicios del sector terciario y el trabajo en el campo de la investigación; el trabajo del artesano, del técnico y del educador, del artista o de la madre en el hogar; el trabajo del obrero en las empresas y el de los cuadros y directivos»⁹².

d) *La técnica como expresión de dominio*

El trabajo, como ya se ha señalado, plasma algún producto útil para el hombre. Este carácter utilitario del producto para el hombre, lo es para su consumo, más o menos inmediato, o bien lo es para ser usado como medio para seguir trabajando. La producción de medios para seguir trabajando se relaciona con la técnica y los instrumentos a los que da lugar.

Juan Pablo II define la técnica en sentido objetivo como «un conjunto de instrumentos de los que el hombre se vale en su trabajo»⁹³, lo cual no es más que un conjunto de recursos naturales elaborados gradualmente por el hombre⁹⁴ para hacer más efectivo su trabajo en el futuro: la técnica es, pues, una aliada del trabajo creada por el cerebro humano⁹⁵.

Estos instrumentos técnicos no son otra cosa que medios de producción los cuales son considerados por el Papa como sinónimos de «capital»⁹⁶, aunque en un sentido más amplio, en este concepto se ha de incluir también los recursos naturales⁹⁷.

La definición de técnica que da el Papa es prácticamente coincidente con la que da Marx para referirse a los medios de trabajo⁹⁸. Pero mientras este último considera a estos medios como «órganos» incorporados a los órganos corporales del obrero (todo es pura materia) para realizar el «fin perseguido» (intercambio de materias entre el hombre y la naturaleza), Juan Pablo II considera a la técnica como algo que es «fruto del trabajo» y que «sirve al trabajo» sin confundirse con el trabajador y sin otorgarle más atribuciones que las de ser medios para trabajar, externos al hombre: «*todo lo que sirve al trabajo* –afirma el Romano Pontífice–, todo lo que constituye –en el estado actual de la técnica– su «instrumento» cada vez más perfeccionado, *es fruto del trabajo...*»⁹⁹.

Marx, en tono desafiante, afirma que mediante los medios técnicos el hombre prolonga su estatura natural, «a pesar de la Biblia»¹⁰⁰, el Papa ve en la técnica una «confirmación histórica del dominio del hombre, sobre la naturaleza»¹⁰¹. Por otra parte, también a diferencia de Marx, el Papa subraya que el hombre cuenta en su trabajo con los recursos desarrollados por la técnica, es decir, for-

mando un conjunto de instrumentos de trabajo, cada vez más perfectos pero cuenta también, y en primer lugar, con los recursos de la naturaleza¹⁰², de modo que «el conjunto de los medios de producción y la técnica relacionada por estos (es decir la capacidad de usar estos medios de trabajo), supone estas riquezas y recursos del mundo visible, *que el hombre encuentra, pero no crea*»¹⁰³.

2. PARTICIPACIÓN EN LA REALEZA DE CRISTO

a) *Participación en la realeza de Cristo por el trabajo*

Juan Pablo II ha puesto de relieve la riqueza de la *Lumen gentium* al exponer la doctrina relativa a la triple misión de Cristo¹⁰⁴ en la cual encuentra elementos para la formación de una espiritualidad del trabajo¹⁰⁵. En medio de tanta riqueza –comenta el Papa– parece que emerge un elemento: la participación en la misión real de Cristo, o sea, el hecho de re-descubrir en sí y en los demás la particular dignidad de nuestra vocación, que puede definirse como ‘realeza’¹⁰⁶.

Cristo –enseña la *Lumen Gentium*– entró en la gloria de su reino y «a Él están sometidas todas las cosas, hasta que Él se someta a Sí mismo y todo lo creado al Padre a fin de que Dios sea todo en todas las cosas (cfr. 1 Cor 15, 27-28). Este poder lo comunico a sus discípulos, para que también ellos queden constituidos en soberana libertad, y por su abnegación y santa vida venzan el pecado (cfr. Rom 6,12)»¹⁰⁷. Se trata de un reino «en el cual la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción para participar de la libertad de la gloria de los hijos de Dios (cfr. Rom 8,21)»¹⁰⁸. Cristo es rey del Universo y sus discípulos participan de él. «Grande es, en verdad, la promesa y excelso el mandato dado a sus discípulos: ‘Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios’ (1 Cor 3,23)»¹⁰⁹.

Participar en el Reinado de Cristo es participar de su modo de reinar, que no es si no servir, como recuerda la propia *Lumen gentium*¹¹⁰. Así, «esta dignidad –añade Juan Pablo II– se expresa en la disponibilidad a servir, según el ejemplo de Cristo, que «no ha venido a ser servido, sino para servir» (Mt 20,28). Por consiguiente, a la luz de esta actitud de Cristo, se puede verdaderamente ‘reinar’ sólo ‘sirviendo’; a la vez ‘servir’ exige la madurez espiritual que es necesario definirla como ‘reinar’»¹¹¹. La participación del cristiano en la realeza de Cristo lleva, pues, al espíritu de servicio en el cumplimiento de su vocación, dentro de la cual está, como en todo hombre, la vocación al trabajo. Nuestra participación en la misión real de Cristo es algo íntimamente unido al trabajo, y en general, a la «praxis» humana.

El Vaticano II –comentaba el entonces Cardenal Wojtyła– descubre en la ‘praxis’ humana la manifestación del ‘carácter regio’ del hombre, de su dominio sobre la tierra, la naturaleza y el mundo. Hay que subrayar dos términos como pertenecientes al vocabulario bíblico y evangélico: ‘la dominación (cfr. Gen 1,26; 1,28; Sal 8,7; Sab 6,3 y otros) y ‘la realeza’ (cfr. Ex 19,6; Rom 5,17; 2 Tim 2,12; 1 Pe 2,9 y otros)¹¹².

En sentido amplio, el concepto de «realeza» se extiende a todo hombre, sin duda en base a la unión de Cristo con el hombre en el misterio de la Encarnación y a la vocación de todo hombre a la plena unión con Cristo. Esta consideración es repetida después en la *Redemptor homini*. En su primera encíclica, se refiere al «primer mensaje del creador, dirigido al hombre en el momento en que le daba la tierra para que la ‘sometiese’ (Gen 1,28; IM 6; Gs 74,78). Este primer mensaje –dice el Papa– quedó confirmado en el misterio de la Redención, por Cristo Señor. Esto está expresado por el Concilio Vaticano II en los bellísimos capítulos de sus enseñanzas sobre la ‘realeza’ del hombre, es decir, sobre su vocación a participar en el ministerio regio –munus regale– de Cristo mismo (cfr. LG 10 y 36)¹¹³.

La «dominación», que es participación en el dominio universal de Dios Creador, se complementa con la ‘realeza’ del hombre en cuanto participa en el reinado de Cristo. Se trata de dos términos «claves» en el Fundamento teológico del trabajo. «Estos dos términos –decía el cardenal Wojtyła– pertenecen a la ‘dialéctica’ cristiana, a la antropología, a la ética, que en este punto difiere esencialmente del materialismo dialéctico»¹¹⁴. Concretamente, «nuestra participación en la misión real de Cristo (...) –comenta el Papa– está íntimamente unida a todo el campo de la moral cristiana y a la vez humana»¹¹⁵.

El cardenal Wojtyła explicaba en 1972 cómo «el hombre lleva en su naturaleza, por así decirlo, una doble muestra de la ‘realeza’ que Cristo ha revelado y a la cual está llamado todo hombre en Jesucristo: la ‘realeza’ que consiste en dominio sobre sí mismo y del universo... Esta realeza constituye la participación en la plenitud de la realidad de la Redención, de la cual es expresión –aparte de la misión profética y sacerdotal– aquella realeza del Redentor, siempre nuevamente asumida y continuada en todo el pueblo de Dios»¹¹⁶.

b) ‘Dominar’ y ‘reinar’ a favor del hombre

La participación en la realeza de Cristo da, pues, un nuevo título al hombre relacionable con el trabajo. En virtud de él el hombre «domina» y «reina» sobre la tierra. Con el trabajo el hombre no sólo se hace partícipe de la Crea-

ción sino también de la Redención. Como dirá Juan Pablo II: «El hombre que trabaja honestamente, como ser libre e inteligente, continúa la obra de la creación, realizando la comunión con Dios, convirtiéndose en partícipe de la redención hasta llegar a la gradual y plena participación en la vida divina»¹¹⁷.

Juan Pablo II hace notar que la expresión «someted la tierra» expresa, de algún modo, la utilidad que de ello se deriva¹¹⁸ y sugiere algunas consecuencias del trabajo en términos de bienes útiles: a) el propio sostenimiento del hombre, b) el continuo progreso de las ciencias y de la técnica y c) la incesante elevación cultural y moral de la sociedad¹¹⁹.

Todo trabajo conlleva alguna finalidad considerada de utilidad. En este sentido, suele afirmarse que cualquier trabajo presenta utilidad. Por una parte, la utilidad viene dada por los resultados del propio trabajo, por otro lado por el provecho que reporta al sujeto en virtud de la propia acción de trabajar. Este provecho personal se predispone para realizar con mayor perfección, otros trabajos socialmente útiles, también puede considerarse trabajo útil desde el punto de vista social. Tal es el caso del estudio y de la preparación profesional.

La utilidad debe ser, pues, considerada como una característica inherente al trabajo. Por ello, actividades de esparcimiento o el mismo juego no deben ser consideradas trabajo sino más bien como descanso del mismo. Trabajo y descanso son nociones positivamente contrapuestas por el Papa¹²⁰. Aunque el descanso no esté exento de actividad (el deporte, la lectura, etc.) está claro que no puede ser considerado como trabajo.

Los bienes útiles obtenidos por el trabajo remiten a un fin superior. Juan Pablo II deja claro que las riquezas materiales que se obtienen con el trabajo son medios pero no fines. El fin de los frutos del trabajo es el hombre «al cual estos medios han de servir»¹²¹. El dominio del hombre sobre la tierra es, pues, un dominio a favor del hombre. En el propio libro del Génesis el dominio sobre la tierra está puesto inmediatamente en relación con el «creced y multiplicaos»¹²², de modo que el dominio dice directa relación a que sirva al crecimiento y desarrollo del hombre y de toda la familia humana.

Es de notar, como el Papa subraya, que el trabajo no se agota en su valor económico ni en su utilidad en sentido materialista. Más aún, su utilidad específica no acaba, como diría Marx, en satisfacer una necesidad «que brote por ejemplo del estómago o de la fantasía»¹²³ (valor de uso) sino que todo trabajo trata de prestar un servicio ya sea de orden material o de tipo espiritual. Cultivar la tierra para producir alimentos y la educación de los hijos por la madre en el seno del hogar son ambos trabajos socialmente útiles; como lo son también tantas actividades más en las que se puede pensar. Con ellas, directa o indirectamente, el género humano domina la tierra sirviendo a los demás.

III. EL TRABAJO COMO ACTIVIDAD PERSONAL DEL HOMBRE

... El trabajo lleva en sí un signo particular del hombre y de la humanidad, el signo de la persona activa en medio de una comunidad de personas; este signo determina su característica interior y constituye en cierto sentido su misma naturaleza.

JUAN PABLO II¹²⁴

1. EL TRABAJO COMO ACTO DE LA PERSONA

a) *El trabajo, actividad genuinamente humana*

Desde el inicio de la *Laborem exercens*, san Juan Pablo II afirma que «el trabajo es una actividad específicamente humana» y eso implica que el trabajo contiene algo que sólo el hombre puede aportar. Quien trabaja tiene cierta conciencia de lo que hace, por qué lo hace y para quién lo hace; en otras palabras, el trabajo es una actividad intencional y de algún modo, expresa la voluntad de quien lo está realizando. De algún modo, el trabajo denota creatividad y quien trabaja lo relaciona con fines particulares que son motivaciones para el trabajo. Tiene, pues, sentido añadir, como lo hace el Papa, que el trabajo lleva en sí «un signo particular del hombre y de la humanidad»¹²⁵.

Abundando en la misma idea e introduciendo un matiz, Juan Pablo II afirma: «El trabajo es una de las características que distinguen al hombre del resto de las criaturas, cuya actividad, relacionada con el mantenimiento de la vida, no puede llamarse trabajo; solamente el hombre es capaz de trabajar»¹²⁶. Sin embargo, el lenguaje corriente utiliza la palabra «trabajo» no sólo para indicar la acción del hombre y los efectos que produce sino también para referirse a la «operación de la máquina, pieza, herramienta o utensilio que se emplea para algún fin»¹²⁷. Se incluye aquí desde el trabajo de una máquina perforadora a un sistema dotado de inteligencia artificial, así como la actividad de los robots, a menudo presentados como humanoides. En física, y más concretamente en mecánica, trabajo es un concepto que relaciona fuerza y espacio. El término «trabajo» se utiliza también para designar ciertas actividades de animales. Así, el trabajo, casi extinguido en muchos países, de una yunta de bueyes que aran un campo o el trabajo de las abejas ocupadas en la construcción de su colmena y en la producción de miel. El trabajo del hombre tiene, ciertamente, algunos elementos comunes en el «trabajo» de animales: el esfuerzo por conseguir o realizar algo, pero se diferencia esencialmente del esfuerzo irracional de

los animales, realizado de modo instintivo. La diferencia es aún mayor si se compara el trabajo humano con la actividad de las máquinas encaminadas a transformar la energía y que es puramente mecánica, incluso cuando pueden «aprender», como ocurre con la inteligencia artificial.

En ocasiones es el hombre, quien intencionalmente está promoviendo «trabajo» de animales o máquinas; en otras, como el «trabajo» de las abejas, responde a un modelo repetitivo, igual hoy al que describió Plinio, el viejo, en su *Naturalis Historia* hace dos mil años. Las máquinas trabajan por voluntad humana directamente a través de una programación espacial o temporal. Aún en las máquinas que trabajan con cierta autonomía, les falta el carácter consciente y libre, propio del ser humano.

Si «solamente el hombre es capaz de trabajar», todos los usos del término «trabajo» no referidos al hombre, no pueden tener un sentido genuino; sino más bien analógico con respecto al trabajo humano.

La Revelación coincide con la razón al considerar el trabajo como característica genuinamente humana. En el contexto de la narración bíblica de la Creación en el segundo capítulo del Génesis, Juan Pablo II destaca que el trabajo manifiesta la diferencia entre el hombre y el animal y la superioridad del hombre:

Formó Yahvé-Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ‘ser animado’ (Gn 2,7). Y precisamente este hombre ‘ser animado’, se distingue a continuación de todos los otros seres vivientes del mundo visible. La premisa de este distinguirse el hombre es precisamente el hecho de que sólo él es capaz de ‘cultivar la tierra’ (cfr. Gen 2,5) y de ‘someterla’ (cfr. Gen 1,28). Se puede decir que la conciencia de la ‘superioridad’ inscrita en la definición de humanidad, nace desde el principio a base de una praxis o comportamiento típicamente humano¹²⁸.

Pensadores de diverso signo han destacado la diferencia de comportamiento entre el hombre y el animal por el trabajo. Sin embargo Juan Pablo II va más lejos y relaciona el trabajo como comportamiento típicamente humano y su causar el «ser» propio del hombre: «ser-animado»¹²⁹, creado a «la imagen y semejanza de Dios»¹³⁰.

Nótese que en la cita anterior, el Papa habla de la toma de conciencia de la «superioridad» del hombre y no de que el hombre sea superior a los animales por el trabajo, ni siquiera por tener conciencia de que trabaja. Esto contrasta con los «filósofos de la acción» que ven en el trabajo consciente la esencia activa del hombre. Así, para Hegel y Feurbach, a quienes sigue Marx¹³¹, tanto

el hombre como el animal son seres de la naturaleza cargados de necesidades y que buscan en los objetos externos lo necesario para satisfacerlas. Pero el animal actúa inconscientemente mientras que en el hombre hace su aparición la conciencia. La conciencia de trabajar para satisfacer necesidades es lo que caracteriza al hombre.

En los textos genesiácos, el Papa encuentra la famosa definición de Aristóteles sobre el hombre que lo define como animal racional¹³², situándose así en la línea de San Agustín¹³³ y Santo Tomás¹³⁴ que ven en la mente intelectual del hombre la superioridad del mismo sobre los animales, siendo el trabajo una derivación de la condición humana. Las diferencias de «universalidad» que aparecen entre la producción animal y la humana no son más que consecuencias del ser racional del hombre, esto es, de su interioridad. Esta es la enseñanza de la Iglesia: «Por su interioridad (el hombre) es, en efecto, superior al universo entero»¹³⁵.

b) *El trabajo, procede de la persona como un todo*

Lejos de hablar del *homo-faber* o del *homo-oeconomicus*, expresiones propias de antropologías reduccionistas, Juan Pablo II habla del *homo laborem exercens*¹³⁶, esto es, del hombre que trabaja. Remarca, además, que el trabajo es «actividad consciente y personal del hombre»¹³⁷ y añadiendo, de un modo aún explícito y conciso, que el trabajo es *actus personae*, esto es, *acto de la persona*¹³⁸, una expresión que encontramos también en el Concilio Vaticano II¹³⁹ y, de modo implícito, en las enseñanzas de los Papas desde León XIII¹⁴⁰.

La introducción de la noción de *persona* en la definición de trabajo añade una gran riqueza conceptual. Persona denota, entre otras cosas, la singularidad de cada individuo humano, con su carácter único e irrepetible de cada persona, todo lo que el hombre es, en la unidad corporeo-espiritual de cada uno, libertad y sociabilidad, y la posesión de cada persona de una dignidad intrínseca e inviolable –la dignidad humana–.

Un elemento destacable relacionado con el genuino carácter personal del trabajo y la sociabilidad humana es que el trabajo es «signo de la persona activa en medio de una comunidad de personas»¹⁴¹. El trabajo tiene, en efecto, una dimensión relacional y social manifestada en su capacidad para establecer relaciones y vínculos entre la persona que trabaja y otras personas.

El trabajador tiene conciencia del signo de humanidad que entraña el trabajo. En este sentido puede hablarse de «característica interior» del trabajo en el sujeto que trabaja. Respecto a ella, san Juan Pablo II afirma que «este signo

[particular del hombre y de su humanidad] determina su característica interior y constituye en cierto sentido su misma naturaleza [del trabajo]»¹⁴².

Por otra parte, presentar el trabajo como *actus personae* sale al paso de la progresiva reducción del ser humano a la acción en la Modernidad. Como afirma Cardona, «el curso de la filosofía moderna va a consistir (*conveniant in unum...*) en una reducción creciente del ser a la humana actividad (pensar como creación)»¹⁴³. La hipervaloración de la acción, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XVIII está claramente expresada en las conocidas palabras del Fausto de Goethe que parafrasean el prólogo del evangelio de San Juan, sustituyendo el Verbo por la acción: «En el principio era la acción»¹⁴⁴. El materialismo dialéctico de Marx, siguiendo los pasos de Hegel¹⁴⁵ y de Hess¹⁴⁶, llega a hacer consistir la esencia del hombre en su trabajo¹⁴⁷.

Para Juan Pablo II, por el contrario, el hombre no es hombre porque trabaja, sino que trabaja porque es hombre. En otras palabras, el trabajo sigue al «ser hombre», y no al revés. Se trata, en realidad, de algo muy característico de la filosofía del ser. El clásico aforismo *operari sequitur esse* (el obrar sigue al ser), recordado por Karol Wojtyła en *Persona y Acción*¹⁴⁸, está en absoluta oposición con los postulados de la filosofía de la acción.¹⁴⁹ Sin embargo, parece innegable que en el orden epistemológico el trabajo –en cuanto a «praxis» del hombre– conduce al mismo hombre. Más aún, diríamos que no es posible conocer plenamente al hombre ignorando su trabajo, que no es otra cosa que actividad de su «ser hombre». Wojtyła, a través de un fino análisis fenomenológico, añadió a la tradicional formulación aristotélico-tomista de que todo agente obra según su naturaleza¹⁵⁰, la experiencia del «hombre actuando» como acceso al conocimiento del hombre sin renunciar a la filosofía del ser.¹⁵¹

Como hemos señalado más arriba, persona denota el individuo humano singular en todo lo que es; y no sólo uno u otro aspecto. Una consecuencia de ver el trabajo como actividad de la persona es afirmar que en el trabajo participa la persona como un todo: cuerpo, inteligencia y voluntad.

Para algunos autores, como Y. Simón, solamente el trabajo manual es auténtico trabajo¹⁵². Esta concepción del trabajo estuvo muy extendida hasta el siglo XX como consecuencia de un largo proceso histórico social, en el que aquí no entraremos. Para Juan Pablo II cualquier trabajo es *actus personae* en el que interviene el hombre completo: no sólo el cuerpo ni sólo el espíritu sino el hombre *unus ac totus*, es decir la unidad substancial de cuerpo y alma¹⁵³. La experiencia común muestra que en todo trabajo, si es verdaderamente humano, intervienen inseparablemente cuerpo y espíritu, desde la tarea más rutinaria

a la más reflexiva. Dicho de otro modo, dado que el trabajo es *actus personae*, se sigue necesariamente que en él participa el hombre completo, su cuerpo y su espíritu, independientemente del hecho de que sea un trabajo manual o intelectual¹⁵⁴.

Todo trabajo, desde el más manual al más intelectual, es pues trabajo realizado por la persona del hombre. En la LE, el Papa cita diversos tipos de trabajos y en todos ellos es el hombre en su corporeidad movida por el espíritu quien los realiza. Y, en el Capítulo V de la citada encíclica, Juan Pablo II recoge varios trabajos que aparecen en la Sagrada Escritura. Se citan los trabajos propios de las profesiones de médico, farmacéutico, artesano-artista, herrero, alfarero, agricultor, navegante, albañil, músico, pastor, pescador, administrador; el trabajo del dueño de casa y el trabajo del siervo, el trabajo de los estudiosos y los trabajos domésticos desarrollados por mujeres. En la misma relación se manifiesta el hecho de que Jesucristo presentara el apostolado a semejanza del trabajo manual de los segadores o de los pescadores¹⁵⁵. En otros lugares y en la propia encíclica, el Papa se refiere a la actividad del hombre en el campo, en las canteras y en las minas, a la actividad de los siderúrgicos y de los albañiles y demás obreros de la construcción, a médicos y enfermeros, a intelectuales y científicos, al trabajo de gestión¹⁵⁶, y también al estudio¹⁵⁷, al trabajo de las madres de familia¹⁵⁸, y al múltiple trabajo intelectual anexo a la producción y que va desde la planificación hasta la dirección¹⁵⁹.

Aunque convencionalmente se sigue hablando de trabajo manual y de trabajo intelectual, según el mayor o menor grado de actividad física o mental aportada por el trabajador, de acuerdo con lo anterior tal división es engañosa ya que en cualquier trabajo participa la persona en su integridad.

Por otra parte conviene traer a colación que el trabajo manual ha sido objeto de estima o desprecio de modo muy variado a lo largo de la historia¹⁶⁰, a diferencia del trabajo intelectual que generalmente ha sido considerado como algo noble y digno. A diferencia de gran parte del mundo greco-romano para quienes el trabajo manual era algo vergonzoso¹⁶¹, en la Sagrada Escritura¹⁶² y en los Padres¹⁶³, el trabajo manual es apreciado y revestido de dignidad.

En esta misma línea, y en contra de la convencional contraposición entre empresarios y trabajadores, el Papa llama también trabajadores a los empresarios¹⁶⁴. En 1982, con ocasión de su visita a la Oficina Internacional del Trabajo, Juan Pablo II inició su alocución rindiendo homenaje al trabajo del hombre, refiriéndose también a sus distintas modalidades: trabajos físicos, e intelectuales, de creación y de reproducción, de investigación y de organización, de directivos y de obreros...¹⁶⁵

c) *El hombre, sujeto y causa eficiente del trabajo*

Si el trabajo es acto de la persona, en correspondencia lógica, la persona es el sujeto del trabajo. El hombre que trabaja no es un hombre genérico sino el hombre individual, concreto, «como persona, afirma Juan Pablo II el hombre es pues sujeto del trabajo»¹⁶⁶.

Al ser persona, el sujeto que trabaja es «un ser subjetivo capaz de obrar de manera programada y racional, capaz de decidir acerca de sí y que tiende a realizarse a sí mismo»¹⁶⁷. Todo ello como consecuencia de la naturaleza racional individuada en cada hombre¹⁶⁸.

Es cada hombre concreto quien trabaja, cada persona, y no el hombre considerado como un ser genérico al modo marxista¹⁶⁹. En la filosofía del ser, sólo el ente individual es causa agente, esto es, sujeto de la acción por ser el individuo el único que subsiste; en otras palabras, el acto de ser (*actus essendi*) es siempre propio del sujeto individual (*suppositum*)¹⁷⁰. De la consideración del trabajo como acción de la persona del hombre se deduce que todo trabajo es actividad del hombre completo, esto es, algo realizado, en su unidad substancial, de alma y cuerpo y, de ningún modo, por lo uno sin lo otro.

El hombre, como persona, es sujeto del trabajo, pero no un sujeto pasivo, sino alguien que desempeña la causalidad eficiente primaria. Todo lo demás, máquinas, aparatos, herramientas, y demás medios de producción, no son más que causas eficientes secundarias o instrumentales. Juan Pablo II lo afirma con claridad al señalar que en el proceso de producción «el trabajo es siempre una causa eficiente primaria»¹⁷¹, mientras que el conjunto de medios de producción «es sólo un instrumento o causa instrumental»¹⁷². Este lenguaje evoca el concepto de causalidad y sus diversas formas –una de las cuales es la instrumental– de las que habló Aristóteles. La relevancia de la causalidad instrumental ya había sido puesta de relieve en el análisis fenomenológico de K. Wojtyła¹⁷³.

La consideración del hombre como causa eficiente del trabajo, podría quedar cuestionada cuando los trabajos llegan a ser tan mecánicos que, de algún modo permitan asimilar al hombre a una máquina. A lo largo de la historia han aparecido muchos trabajos repetitivos en los cuales la participación del hombre se ha reducido a un conjunto de movimientos en los que la actividad humana parecía reducirse a una acción puramente muscular. Con el paso del tiempo, en muchas de estas tareas «mecánicas» el hombre ha sido desplazado por diversos ingenios, quedando para el mismo lo que sólo él puede realizar: la conducción libre de estas máquinas. En realidad, el carácter de actividad personal que tiene todo trabajo, no desaparece por mucho que varíen

las condiciones externas. El Papa se hace eco de las peculiares circunstancias aparecidas con el «maquinismo» introducido por la revolución industrial y más recientemente por el «automatismo» en las que determinadas tareas del hombre han sido sustituidas por la máquina para reafirmar el carácter personal de todo trabajo: el sujeto propio del trabajo sigue siendo el hombre¹⁷⁴. También aquí la causa eficiente sigue siendo el hombre.

2. EL TRABAJO COMO REALIDAD EXISTENCIAL

a) *El trabajo como acción «transitiva» del hombre sobre un objeto exterior*

La LE afirma que el trabajo es actividad «transitiva» esto es, que parte del sujeto humano y se dirige a un objeto externo¹⁷⁵. Esto coincide con la común estimación y es coherente con la visión teológica del trabajo como dominio del hombre sobre la tierra, lo cual exige que el trabajo esté dirigido o aplicado a transformar objetos exteriores. Es un dominio transformador llevado a cabo de diversos modos¹⁷⁶; con él tiene lugar el dominio de la tierra en sentido objetivo. Sin embargo, todo trabajo tiene su inicio en el interior del hombre. Esto plantea la cuestión de si en el concepto de trabajo presentado por Juan Pablo II hay que incluir también la actividad interior del hombre que prepara algo, reflexiona, planifica o que, en general, tiene una actividad dentro de sí intencionalmente unida a algo exterior. Dicho de otro modo, partiendo de la clásica distinción aristotélica¹⁷⁷ entre el obrar (*praxis*) como actividad del hombre que predispone o prepara algo exterior aunque no llegue a materializarse en un objeto exterior y el hacer o producir (*poiésis*) que es tanto como transformar un objeto exterior, ¿considera Juan Pablo II que ambas son ‘trabajo’? La respuesta es claramente afirmativa. En su obra filosófica *Persona y acción*, Wojtyła distingue dos estructuras en la actividad del hombre: «el hombre actúa» y «algo ocurre en el hombre»; así contrapone «actuar» (el trabajo es actuación de la persona) y «ocurrir»¹⁷⁸. La primera tiene carácter activo, la segunda pasivo. El dinamismo propio del hombre actualiza las potencialidades del hombre¹⁷⁹ y esto aún antes de ser plasmado en un objeto exterior. En este caso, el propio hombre es su «materia prima»¹⁸⁰.

Todo trabajo está intencionalmente unido a un objeto y cuando se lleve a cabo producirá una objetivación exteriorizada de lo planeado en el sujeto. Como ya se ha dicho, la reflexión y la planificación de una actividad útil son ya trabajo, son objetivación exteriorizable. En este sentido, el trabajo siempre recae directa o indirectamente sobre un objeto exterior.

Ante esta realidad, Juan Pablo II subraya de diversos modos que el trabajo no es en modo alguno pura objetividad exteriorizada o exteriorizable y, al hablar de trabajo, el Papa, como ya se ha señalado, incluye actividades como el estudio, la investigación científica y actividades como la planificación, la dirección y la toma de decisiones políticas, cuyo resultado no siempre llega a plasmarse en algo exterior.

b) *El trabajo, dimensión fundamental de la existencia humana*

Otra perspectiva del trabajo es descubrirlo como una dimensión existencial fundamental. Surge de la experiencia misma del trabajo. El trabajo es actividad del hombre en la cual éste no sólo produce, sino que trasciende esta producción y relaciona el trabajo con el sentido mismo de su existencia. «Es en el trabajo –enseña Juan Pablo II– donde el hombre descubre el sentido de su existencia: en todo trabajo concebido como actividad humana, sean cuales sean las características concretas en las que se ejerce esta actividad»¹⁸¹. De hecho, el trabajo llena la mayor parte de la vida del hombre sobre la tierra. Pero además de su dimensión temporal, el trabajo tiene, sobre todo, una dimensión existencial. «El trabajo afirmaba el Papa en su primer año de Pontificado constituye una dimensión fundamental de la existencia humana en la tierra»¹⁸². En la LE, Juan Pablo II explica el por qué tal afirmación: «La Iglesia halla ya en las primeras páginas del libro del Génesis la fuente de su convicción según la cual el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia humana sobre la tierra»¹⁸³. Además, «ella se confirma en esta convicción considerando también todo el patrimonio de las diversas ciencias dedicadas al estudio del hombre: la antropología, la paleontología, la historia, la sociología, la psicología, etc.; todas parecen testimoniar de manera irrefutable esta realidad»¹⁸⁴. Es de notar que el Papa habla de dimensión fundamental, pero no concede al trabajo la primacía absoluta en la vida del hombre tal como aparece en el marxismo¹⁸⁵, el cual reduce la vida del hombre a su aspecto biológico.

Con el trabajo aparecen la fatiga y no pocas penalidades. Es una experiencia común recordada por el Papa en varios de sus documentos. En la LE escribe: «Todo trabajo tanto manual como intelectual está inevitablemente unido a la fatiga»¹⁸⁶. Se trata de «un hecho universalmente conocido, porque es universalmente experimentado»¹⁸⁷. En realidad, no es sino la plasmación del castigo de Dios tras el pecado original. «El ‘comerás el pan con el sudor de tu frente’ (Gn 3,19) –comenta Juan Pablo II– se experimenta en el trabajo, sólo con el esfuerzo y las fatigas personales, sino también en medio de tantas

tensiones, conflictos y crisis que, en relación con la realidad del trabajo, trascienden la vida de cada sociedad y aún de toda la humanidad»¹⁸⁸.

El cansancio y la fatiga inherentes al trabajo indudablemente condicionan la vida laboral del hombre, pero en modo alguno anulan la primitiva vocación al trabajo ni convierten al mismo en algo repulsivo en todos sus aspectos.

Si el trabajo es un aspecto fundamental de la existencia, el sentido de la vida estará en estrecha relación con él. Efectivamente, así lo ha puesto de relieve Juan Pablo II en sus enseñanzas sobre el trabajo. Con ocasión de su visita a la OIT, lo expresaba del siguiente modo:

La convicción de que existe un vínculo esencial entre el trabajo de cada uno de los hombres y el sentido global de la existencia humana se halla en la base de la doctrina cristiana sobre el trabajo –se puede decir, en la base del «Evangelio del Trabajo»– e impregna la enseñanza y la actividad de la Iglesia, en forma diversa, en cada una de las etapas de su misión en la historia¹⁸⁹.

c) *En el trabajo aparece la trascendencia y espiritualidad del hombre*

Con relación a la vinculación entre trabajo y sentido de la vida, Juan Pablo II pone de relieve como «el trabajo se convierte en un problema de naturaleza espiritual»¹⁹⁰. En efecto, realmente lo es, pues en razón de su ser espiritual y no por otra cosa el hombre no sólo produce sino que tiene capacidad de conocer y amar los fines encerrados en el trabajo y de relacionarlos después con el sentido global de su existencia.

La constatación de la naturaleza espiritual del trabajo –que no elimina sus aspectos exteriores– permite «situar el trabajo humano, sea cual sea el modo en que el hombre lo ejecute, *en el interior del hombre*, es decir, en lo más profundo de su humanidad, en aquello que le es propio, en aquello que hace que sea hombre y sujeto auténtico del trabajo»¹⁹¹. La interioridad es, pues, lo que da el auténtico sentido al trabajo al ponerlo en relación con la totalidad de la vida. Aquí está la auténtica diferencia entre el trabajo humano –en rigor el único trabajo– y la actividad de animales y máquinas, que producen pero desconocen el sentido de la vida.

La espiritualidad cristiana –también la relativa al trabajo– no es creación de la mente humana que busca trascenderse a sí misma, sino que entraña relación a Dios buscando conocer los designios de Dios y correspondiendo a ellos con ayuda de la gracia que Dios mismo nos concede; lo que en teología denominamos la acción del Espíritu Santo en el alma, que infunde las virtudes

teologales: fe, esperanza y amor (caridad). Dicho de otro modo, la palabra de Dios que dirige a las personas humanas y éstas son invitadas a responder. La Sagrada Escritura lo expresa con una bella metáfora: «como descienden de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelven allá sino que riegan la tierra, haciéndola producir y germinar, dando semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca, no volverá a mí vacía sin haber realizado lo que deseo, y logrado el propósito para el cual la envié». (Is 55, 10-11).

Juan Pablo II, parece aludir a esta interacción entre Dios y las personas humanas en relación con el trabajo humano y su sentido espiritual-cristiano. Lo hace señalando, en primer lugar, la acción de Dios que revela significados trascendentes al trabajo y después la correspondencia humana. Afirmo lo primero subrayando que es al hombre entero a quien se dirige «la Palabra del Dios vivo, el mensaje evangélico de la salvación, en el que encontramos muchos contenidos –como luces particulares– dedicados al trabajo humano». (LE 24) Para una adecuada correspondencia humana, sigue diciendo el Papa,

... es necesaria una adecuada asimilación de estos contenidos; hace falta el esfuerzo interior del espíritu humano, guiado por la fe, la esperanza y la caridad, con el fin *de dar al trabajo* del hombre concreto, con la ayuda de estos contenidos, aquel *significado que el trabajo tiene ante los ojos de Dios*, y mediante el cual entra en la obra de la salvación al igual que sus tramas y componentes ordinarios, que son al mismo tiempo particularmente importantes.

En el análisis de este texto pueden descubrir tres elementos que caracterizan el trabajo con sentido espiritual: (1) asimilación de los contenidos de la fe que dan significados cristiano al trabajo, (2) esfuerzo interior, ayudado por las virtudes teologales, para querer corresponder y dar respuesta a la Palabra, lo cual lleva a una motivación espiritual para el trabajo y (3), trabajar movido efectivamente por tales significados. Así, pues, necesitamos motivos (conocimiento de significados), una motivación efectiva (querer actuar de acuerdo con los motivos) y trabajar de acuerdo con tales motivos (vivencia real de los motivos espirituales en la acción de trabajar).

d) *El trabajo en la dinámica de la historia*

El proceso de dominio del hombre sobre la tierra arranca del momento mismo de la creación y se prolonga en el tiempo. «En el comienzo mismo del trabajo humano –recuerda Juan Pablo II– se encuentra el misterio de la creación»¹⁹². Dios da la tierra al hombre con todos sus recursos, pero «tales recursos no pueden servir al hombre si no es mediante el trabajo»¹⁹³. El hom-

bre se apropia estos recursos «por medio del trabajo y para tener un ulterior trabajo»¹⁹⁴ es decir, transformando algunos recursos naturales en instrumentos de trabajo posterior: transformar una piedra en una punta de flecha para cazar, recuperar un terreno selvático para cultivar es trabajo aplicado para un trabajo posterior. Sea cual fuere el trabajo que Juan Pablo II denomina de la «primera base»¹⁹⁵, es siempre la relación del hombre con los recursos y las riquezas de la naturaleza¹⁹⁶. En las fases sucesivas el hombre encuentra recursos naturales y recursos transformados por el trabajo del hombre en medios de trabajo: «En cada fase del desarrollo de su trabajo –afirma Juan Pablo II–, el hombre se encuentra ante el hecho de la principal *donación* por parte de la «naturaleza», y, en definitiva por parte del Creador¹⁹⁷.

Pero, el hombre se encuentra también con los instrumentos técnicos que son fruto del trabajo de quienes le han precedido: «todos los medios de producción, desde los más primitivos a los más ultramodernos han sido elaborados gradualmente por el hombre: por la experiencia y por la inteligencia del hombre». Así, que «todo lo que sirve al trabajo, todo lo que constituye –en el estado actual de la técnica– su ‘instrumento’ cada vez más perfeccionado, es *fruto del trabajo*»¹⁹⁸.

Recursos de la naturaleza e instrumentos de trabajo son cedidos de una generación a otra. «El hombre, trabajando en cualquier puesto de trabajo, ya sea este relativamente primitivo o bien ultramoderno, puede darse cuenta fácilmente de que con su trabajo entra en un doble patrimonio, es decir, en el patrimonio de lo que ha sido dado a todos los hombres con los recursos de la naturaleza y de lo que los demás ya han elaborado anteriormente sobre la base de estos recursos, ante todo desarrollando la técnica, es decir, formando un conjunto de instrumentos de trabajo cada vez más perfectos»¹⁹⁹. Así, cada hombre «es heredero del trabajo de generaciones y al mismo tiempo coartífice del futuro de aquellos que vendrán después con el sucederse de la historia» de modo que, mediante el trabajo, el hombre descubre que «sirve para multiplicar el patrimonio de toda la familia humana, de todos los hombres que viven en el mundo»²⁰⁰.

En cada momento histórico, el hombre ha usado su ingenio para construir instrumentos de trabajo. Muchas veces, la técnica ha sido la concreción de esfuerzos y conocimientos de varias generaciones de hombres. La técnica es, en verdad, manifestación elocuente de la superioridad del hombre sobre el resto de la creación visible. Sin embargo, de igual modo a como el trabajo no tiene valor absoluto, tampoco se debe absolutizar la técnica, convirtiéndola en el único baremo para distinguir unas épocas de otras. Si el hombre no se reduce a trabajo, tampoco su historia –ni siquiera la historia económica– puede

limitarse a las técnicas de producción utilizadas en cada época como pretende Marx²⁰¹.

Mediante la técnica y el trabajo, el hombre cumple el fin que Dios le asignó de dominar la tierra, como ha recordado el Vaticano II²⁰², y también Juan Pablo II. Pero, a la vez, el hombre, mientras trabaja se va acercando al fin escatológico al que ha sido llamado. Al final de la historia humana se encuentran «los nuevos cielos y otra nueva tierra»²⁰³, de las cuales el trabajo actual es como un anuncio²⁰⁴. Esta visión finalista del trabajo, como movido no por la dialéctica inevitable entre fuerzas opuestas, sino por fines libremente asumidos, que son al mismo tiempo causas de actuación, contrasta fuertemente con el materialismo histórico²⁰⁵ propugnado por el marxismo. Ni la historia es toda la realidad ni la realidad se reduce a la economía. Reducir la historia universal a la «generación del hombre mediante el trabajo»²⁰⁶, como postula Marx, significa negar la libertad al hombre y negar la libertad implica eliminar el sentido de la ética. En este sentido es importante distinguir entre progreso técnico y progreso del hombre.

Ciertamente, la técnica, al ser trabajo acumulado generación tras generación, dice relación a mejora. El progreso técnico es algo inexorable. Cada nuevo instrumento o de producción engloba las ventajas de las anteriores tratando de eliminar o disminuir los inconvenientes que tuviere. El dinamismo de la técnica lleva al progreso tecnológico, el cual suele contribuir poderosamente al progreso económico. La técnica, sin embargo, está supeditada al uso que de ella haga el hombre; de modo que, el progreso técnico no se corresponde necesariamente con el progreso humano. El Papa se ha ocupado de este tema, señalando que, «la época reciente de la historia de la humanidad, especialmente la de algunas sociedades, conlleva una justa afirmación de la técnica como un coeficiente fundamental del progreso económico; pero, al mismo tiempo, con esta afirmación han surgido y continúan surgiendo los interrogantes esenciales que se refieren al trabajo humano en relación con el sujeto, que es precisamente el hombre. Estos interrogantes encierran una carga particular de contenidos y tensiones de carácter ético y ético-social²⁰⁷. El progreso técnico y económico es algo hecho por el hombre, con su inteligencia y su libre voluntad, los cuales sólo si están orientados al bien contribuirán al progreso social. En relación con ello, Juan Pablo II resalta que «la historia no es simplemente un progreso necesario hacia lo mejor, sino más bien un acontecimiento de libertad, más aún, un combate entre libertades que se oponen entre sí, según la conocida expresión de San Agustín, un conflicto entre dos amores: el amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí y el amor de sí llevado hasta el desprecio de Dios (cfr. San Agustín, *De Civitate Dei*, XIV, 28: CSEL 40, II, 56 s)»²⁰⁸.

Bien distinto es el planteamiento del materialismo histórico. Para Marx, la producción está fundada en el antagonismo entre el trabajo acumulado y el trabajo inmediato. Este antagonismo da lugar al progreso, pues –según él– sin antagonismo no hay progreso²⁰⁹. El Papa, por el contrario, no ve el progreso dependiendo de intereses antagonísticos sino en dependencia de los recursos naturales y del trabajo acumulado de otros hombres. Sobre ellos actúa libremente el hombre manifestándose «como el que ‘domina’»²¹⁰ y, no como un proceso necesario «obligado» por fuerzas opuestas. En realidad, Juan Pablo II no se plantea si un cierto conflicto puede dar lugar a ciertos procesos pero sí que subraya el origen del trabajo y los bienes que con él mismo se consiguen, y es que, lo importante no es la oposición de «trabajos», sino el fin del sujeto del trabajo²¹¹. El hombre, ciertamente, siendo hijo de la historia, crece en la historia pero, como señala el Papa, «para convertirse después en artífice responsable de la misma»²¹². La libertad está así en la base del carácter de «ser histórico» que tiene el hombre. Con ella, el hombre es capaz de dar al tiempo, a lo transitorio, al pasado, un contenido particular de su propia existencia, una dimensión particular de su propia «temporalidad» y esto ocurre en los diversos sectores de la vida humana y, de modo particular, en el trabajo, dimensión fundamental de su existencia²¹³.

IV. EL HOMBRE, PRIMER FUNDAMENTO DEL VALOR DEL TRABAJO

...el trabajo está «en función del hombre» y no el hombre «en función del trabajo». Con esta conclusión se llega justamente a reconocer la preeminencia del significado subjetivo del trabajo sobre el significado objetivo.

JUAN PABLO II²¹⁴

1. DIGNIDAD DEL TRABAJO

a) *Dualidad de sentidos del trabajo: objetivo y subjetivo*

Juan Pablo II distingue entre dos sentidos o significados del trabajo: el objetivo y subjetivo²¹⁵. El sentido objetivo del trabajo emerge por el dominio concreto que el hombre realiza sobre la tierra «en el trabajo y mediante el trabajo»²¹⁶ Es la acción de trabajar, que puede incluir instrumentos técnicos, y que conlleva producto, resultado de la acción de trabajar. El trabajo en sentido subjetivo hace relación al sujeto que realiza la acción de trabajar²¹⁷: «el trabajo

en su aspecto subjetivo es siempre una acción personal»²¹⁸, mientras que el trabajo objetivo puede conllevar la aplicación de tecnología y equipos técnicos extrínsecos al sujeto.

La relación objetivo-subjetivo (*objectivum-subjetivum*) que realiza el Pontífice tiene un sentido plenamente realista y, por tanto, diverso del introducido por Duns Escoto²¹⁹ y generalizado después al ser adoptado por la teoría del conocimiento de origen kantiano. Aquí, *objectivum* no es el objeto en cuanto que pensado ni *subjetivum* es el objeto de la sensación, sino que *objectivum* significa lo que realmente se presenta ante los ojos²²⁰ y *subjetivum* es lo relativo al sujeto.

En relación al *subjetivum*, el filósofo Wojtyła, en su obra *Persona y Acción*²²¹, distingue con precisión entre *subjetividad* y *subjetivismo*. La subjetividad es lo inherente a la persona humana, en cuanto que el hombre, sujeto de una acción se experimenta a sí mismo a través de su conciencia²²², mientras que el subjetivismo es una actitud mental que concibe a la conciencia en sí misma como un sujeto total y exclusivo de experiencias y valores. La subjetividad es inherente a la realidad de la persona en acción: mediante la misma se capta en profundidad la interrelación dinámica de la persona y la acción. El concepto de subjetividad coordina y une la visión metafísica con la fenomenológica: el aspecto del ser (hombre, persona) y el aspecto de la conciencia, el aspecto de los actos (actuación y acción) y el aspecto de la experiencia²²³.

La experiencia y los valores morales mantienen su condición de objetividad y realidad sola y exclusivamente en la subjetividad del hombre. Por el contrario, en el planteamiento subjetivista se separa la experiencia de la acción; se absolutiza la conciencia convirtiéndola en sujeto de las acciones. Experiencias y valores pierden su condición de realidad; dejan de ser algo real y se convierten únicamente en un momento de la conciencia. El subjetivismo, lógicamente lleva al idealismo²²⁴.

En la dualidad de sentidos que Juan Pablo II descubre en el trabajo no hay oposición sino distinción. Trabajo en sentido objetivo y trabajo en sentido subjetivo no se identifican en una síntesis objeto-sujeto sino que son realmente distintos: pero, a la vez, están íntimamente relacionados: no puede darse el uno sin el otro, pero no se contraponen ni, mucho menos, exigen una dialéctica productora de síntesis al estilo hegeliano²²⁵.

b) *Fundamento de la dignidad del trabajo*

El Magisterio social de la Iglesia siempre ha tomado como punto de referencia el carácter personal del trabajo para dar criterios morales y normas

de actuación. Por su parte, Juan Pablo II redescubre en la Sagrada Escritura la dignidad del hombre como principio fundante de la dignidad del trabajo. El trabajo entendido como proceso de ‘dominio’ sobre la tierra corresponde a este concepto fundamental de la Biblia –afirma el Papa– «sólo cuando, al mismo tiempo, en todo este proceso, el hombre se manifiesta y confirma como el que ‘domina’»²²⁶. De modo que, es en su dimensión subjetiva donde se realiza ante todo aquel dominio sobre el mundo de la naturaleza, al que el hombre está llamado desde el principio según las palabras del Génesis²²⁷. Queda claro, pues, que «ese dominio se refiere en cierto sentido a la dimensión subjetiva más que a la objetiva»²²⁸. En otras palabras, más importante que la transformación del cosmos y que la obtención de productos útiles es lo que el trabajo representa para el hombre.

La dimensión subjetiva del trabajo condiciona la misma esencia ética del trabajo: «En efecto –explica el Papa– no hay duda de que el trabajo tiene un valor ético, el cual está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona»²²⁹.

En el Génesis y, sobre todo, en la vida de trabajo de Cristo, el trabajo en su dimensión subjetiva, alcanza su más alto significado. El trabajo de Cristo se «manifiesta como fundamento para determinar que el valor del trabajo humano no es, en primer lugar, el tipo de trabajo que se realiza, sino el hecho de que quien lo realiza es una persona»²³⁰. Este principio valorador es expresado por Juan Pablo II de forma escueta pero muy clara con las siguientes palabras: «El primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto»²³¹.

Si el valor del trabajo se ha de medir atendiendo al hombre que lo realiza, la dignidad del trabajo habrá que medirla también por la dignidad del hombre que lo lleva a cabo. Juan Pablo II lo resalta de modo inequívoco:

La problemática contemporánea del trabajo humano, en último término, no se reduce –me perdonaran los especialistas– ni a la técnica, ni tampoco a la economía, sino a una categoría fundamental: a la categoría de la dignidad del trabajo, es decir, de la dignidad del hombre... Esta categoría fundamental es humanística. Me permito decir que esta categoría fundamental la categoría del trabajo como medida de la dignidad del hombre es cristiana. La encontramos, en su más alto grado de intensidad, en Cristo²³².

El valor y la dignidad del trabajo se encuentran en todo tipo de trabajo: «En cada una de sus formas –dice el Papa–, este trabajo merece un respeto particular puesto que se trata de la obra del hombre, puesto que, detrás de

cualquier trabajo, hay siempre *un sujeto vivo: la persona humana*. Es de este hecho de donde el trabajo recibe su valor y su dignidad»²³³.

De aquí la falta de sentido, desde la perspectiva ética, que pueda tener la división categorial de los hombres según el tipo de trabajo que realizan y la consideración de la finalidad del trabajo prescindiendo de la finalidad propia del trabajador. Independientemente del trabajo que cada hombre realiza, y suponiendo que ello constituya una finalidad a veces muy exigente de su obrar, esta finalidad no posee un significado definitivo por sí mismo. A fin de cuentas, la finalidad del trabajo, de cualquier trabajo realizado por el hombre aunque fuera el trabajo «más corriente», más monótono en la escala común de valorar, e incluso el que más marginal permanece siempre el hombre mismo»²³⁴.

El que el hombre sea el fundamento primario del valor del trabajo no significa, sin embargo, que sea el único criterio de valoración; también el trabajo en sentido objetivo puede y debe ser valorado y cuantificado de algún modo²³⁵, pero siempre supeditándolo al valor primario del trabajo en sentido subjetivo:

Suponiendo que algunos trabajos realizados por los hombres puedan tener un valor objetivo más o menos grande –afirma el Papa–, sin embargo queremos poner en evidencia que cada uno de ellos se mide sobre todo con el metro de la dignidad del sujeto mismo del trabajo, o sea de la persona del hombre que lo realiza²³⁶.

El hombre es, pues, el primer fundamento del valor del trabajo. Desde la perspectiva teológica, Juan Pablo II lo fundamenta en el título de ‘dominio’ y también en el título de ‘realeza’²³⁷ que tiene el cristiano al participar de la realeza de Cristo (ver Parte II), los cuales dan a quien trabaja una dignidad muy superior al valor económico de sus productos. De esta prioridad del hombre, Juan Pablo II saca una jerarquía de valores de importantes consecuencias prácticas:

El sentido esencial de esta ‘realeza’ y de este ‘dominio’ del hombre sobre el mundo visible, asignado a él como cometido por el mismo Creador –afirma el Papa– consiste en la prioridad de la ética sobre la técnica, en el primado de la persona sobre las cosas, en la superioridad del espíritu sobre la materia²³⁸.

De estas tres jerarquías de valores, Juan Pablo II habló en diversas ocasiones a lo largo de su Magisterio. Todos ellos tienen una clara aplicación al trabajo humano, como veremos a continuación.

2. PREEMINENCIA DEL TRABAJO EN SENTIDO SUBJETIVO

a) *Preeminencia del trabajo en sentido subjetivo sobre el trabajo en sentido objetivo*

Siendo el hombre, el primer fundamento del valor del trabajo, es lógico afirmar la primacía del trabajo en sentido objetivo sobre el trabajo en sentido subjetivo. Esto implica la primacía de la ética sobre la técnica. Si esto no se cumple, el trabajo no estará netamente ordenado y, por tanto, será éticamente reprochable.

La actitud de la Iglesia con relación a la técnica es de aprecio por lo que tiene de realización del dominio del hombre sobre la naturaleza pero, por otra parte, el Magisterio advierte también de los peligros que la técnica supone²³⁹. Y, esto es lo que hace Juan Pablo II:

Si el proceso mismo (...) de «someter la tierra», es decir, el trabajo bajo el aspecto de la técnica, está marcado a lo largo de la historia y, especialmente en los últimos siglos, por un desarrollo inconmensurable de los medios de producción, entonces este es un fenómeno ventajoso y positivo, a condiciones de que la dimensión objetiva del trabajo no prevalezca sobre la dimensión subjetiva, quitando al hombre o disminuyendo su dignidad y sus derechos inalienables²⁴⁰.

El carácter ambivalente de la técnica ha sido resaltado especialmente por el Concilio Vaticano II. En su constitución pastoral, el último Concilio, tras constatar que la técnica ha contribuido a la promoción de los bienes creados²⁴¹, haciendo progresar en el dominio de la naturaleza²⁴², transformando la faz de la tierra²⁴³ y preparando con su desarrollo los caminos de perfección y expansión de la cultura²⁴⁴, pone de relieve el «riesgo que representa el mal uso de la técnica y la necesidad de que la técnica sea usada en beneficio del hombre y no contra él²⁴⁵. Al mismo tiempo, el Concilio señala que «cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad, y un más humano planteamiento en los problemas sociales, vale más que los progresos técnicos»²⁴⁶. En otras palabras, la ética y la lucha por unas relaciones éticas tienen prioridad sobre la técnica y el progreso de la técnica.

Juan Pablo II se expresa en este tema de modo muy parecido a como lo hace el Vaticano II. El Papa actual deja claro que «nadie puede condenar el progreso y el bienestar»²⁴⁷ y señala a la técnica «como una aliada del hombre»²⁴⁸, pero, a la vez, recuerda que «la técnica puede volverse de aliada

en adversaria»²⁴⁹. Las ventajas de la técnica, apuntadas por el Papa, pueden concretarse en lo siguiente:

- Facilita el trabajo, sustituyendo operaciones repetitivas o peligrosas y también las que requieren mayor esfuerzo por operaciones realizadas mecánicamente utilizando energías naturales exteriores al hombre.
- Lo perfecciona dejando para el hombre lo que tiene de más característico: su carácter consciente y libre.
- Acelera y multiplica el trabajo, fomentando el aumento de la cantidad de producto al realizar las operaciones con mayor rapidez y al posibilitar una mayor energía aplicada sobre el objeto por parte de cada hombre. De este modo, la técnica aumenta la productividad.
- Perfecciona la calidad en muchos de los objetivos producidos, eliminando las imperfecciones ocasionadas por el modo de trabajar propio del hombre: faltas de atención, cansancio o simplemente por emplear un instrumento más propio para alcanzar el objeto que se persigue.

Pero, por otra parte, Juan Pablo II señala varios motivos que convierten en adversaria del hombre a la técnica:

- La mecanización del trabajo «suplanta» al hombre, quitándole toda satisfacción y estímulo a la creatividad y responsabilidad.
- Quita el puesto de trabajo a muchos trabajadores.
- Mediante la exaltación de la máquina se reduce al hombre a ser su esclavo²⁵⁰.

En manos del hombre está aprovechar las ventajas de la técnica, tratando de eliminar sus inconvenientes, de modo que en la dualidad hombre máquina se dé preferencia al hombre. Sin embargo, en la praxis ordinaria no siempre es así. «En la actividad industrial –afirma el Papa– se encuentran, en efecto, dos realidades: el hombre y la materia, la mano y la máquina, las estructuras empresariales y la vida del obrero ¿Quién tendrá preferencia?, se pregunta el Romano Pontífice. ¿Se convertirá la máquina en una prolongación de la mente y la mano creadora del hombre, o bien este subordinará a los mecanismos impelentes de la organización, limitándose a actuar como un autómatas? ¿Saldrá la máquina ennoblecida del taller; y el hombre, en cambio, degradado? ¿Acaso no vale más el hombre que la máquina y sus productos?»²⁵¹

Está claro que las inquietantes preguntas anteriores no se contestan adecuadamente si no es mediante una correcta jerarquía de valores. En relación con la técnica, el valor de la persona exige la prioridad de la ética sobre la técnica en la relación entre el hombre y la máquina. Sin embargo, la prioridad

de la ética sobre la técnica no acaba aquí. Juan Pablo II se refiere también al riesgo de que la técnica resultante del trabajo se vuelva contra el hombre produciéndole inquietud y terror²⁵². Este es el caso de las armas nucleares y demás técnicas bélicas de gran alcance. El Papa pone de relieve cómo los medios técnicos ocultan no sólo la posibilidad de una autodestrucción por vía de conflicto militar, sino también la posibilidad de una subyugación «pacífica» de los individuos, de los ambientes de vida, de sociedades enteras y de naciones, que por cualquier motivo pueden resultar incómodos a quienes disponen de medios suficientes y están dispuestos a servirse de ellos sin escrúpulos²⁵³. «¿Por qué razón –se pregunta el Papa– ese poder dado al hombre desde el principio –poder por medio del cual debía él dominar la tierra (Gn 1,26)–, se dirige contra sí mismo, provocando un comprensible estado de inquietud, de miedo consciente o inconsciente, de amenaza que de varios modos se comunica a toda la familia humana contemporánea y se manifiesta bajo diversos aspectos?»²⁵⁴.

Todos estos peligros, que cuando se aplican resultan auténticas calamidades, tienen su origen en un mal uso de la técnica, en una insubordinación de la técnica a la ética. De aquí que el Papa, frente al progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, exija un «desarrollo proporcional de la moral y de la ética»²⁵⁵.

b) *Primado de la persona sobre las cosas y del «trabajo» sobre el «capital»*

El Concilio Vaticano II ha recordado también el primado de la persona humana sobre las cosas²⁵⁶. Todas las cosas materiales han sido puestas por Dios para servir al hombre. Y, por tanto, es un auténtico desorden la inversión de valores supeditando al hombre a las cosas materiales. Juan Pablo II en su primera encíclica subrayaba el primado del hombre sobre las cosas²⁵⁷ y en la LE insiste de nuevo en la primacía del hombre que encuentra su expresión en el trabajo. «Conviene subrayar y poner de relieve –afirma el Papa– la primacía del hombre en el proceso de producción, la primacía del hombre respecto de las cosas»²⁵⁸, pues «el proceso de producción constituye un conjunto de ‘cosas’»²⁵⁹, o instrumentos puestos al servicio del hombre.

La superioridad de las personas sobre las cosas equivale a la superioridad del trabajo sobre los instrumentos de producción. De acuerdo con el concepto de «capital» en sentido restringido, que propone Juan Pablo II²⁶⁰, el «capital» no es más que el conjunto de los medios de producción²⁶¹ y, por tanto, un conjunto de «cosas»²⁶².

En la vida económica, el trabajo ocupa un lugar destacado; mediante el trabajo tiene lugar la producción agrícola, minera e industrial, la pesca y la ganadería y, en fin, la prestación de los servicios. Pero, como señala el Vaticano II, «el trabajo humano que se ejerce en la producción y en el comercio o en los servicios es muy superior a los restantes elementos de la vida económica, pues estos últimos no tienen otro papel que el de instrumentos»²⁶³. La primacía del trabajo sobre los instrumentos de producción estriba, según enseña el propio Concilio, en que «el trabajo, autónomo o dirigido, procede inmediatamente de la persona»²⁶⁴.

Se llega así al «principio de la prioridad del ‘trabajo’ frente al ‘capital’»²⁶⁵. En la LE, Juan Pablo II analiza con detalle esta relación²⁶⁶, confirmándose en «la convicción de la prioridad del trabajo humano sobre lo que, en el transcurso del tiempo, se ha solido llamar ‘capital’»²⁶⁷. Mientras que el hombre es la causa eficiente primaria, los medios de producción no son más que la causa instrumental²⁶⁸. Si, aún en el trabajo más ‘mecanizado’ o automatizado, el hombre sigue siendo el sujeto propio del trabajo²⁶⁹, es claro que «cada hombre que participa en el proceso de producción, incluso en el caso de que realice sólo aquel tipo de trabajo para el cual son necesarias una instrucción y especialización particulares, es, sin embargo, en este proceso de producción el verdadero sujeto eficiente, mientras que el conjunto de instrumentos incluso el más perfecto en sí mismo, es sólo y exclusivamente instrumento subordinado al trabajo del hombre»²⁷⁰.

No se trata de un principio nuevo sino de una formulación más precisa. Es una verdad como resalta el propio Juan Pablo II que «pertenece al patrimonio estable de la doctrina de la Iglesia»²⁷¹; «el principio de la prioridad del trabajo respecto al capital es un postulado que pertenece al orden de la moral social»²⁷². La superioridad de la persona sobre las cosas que puede traducirse por la primacía del hombre respecto al proceso de producción o del «trabajo» sobre el capital es un principio destacable en relación con el problema del sistema de trabajo y también en todo sistema socio-económico²⁷³. El Papa pone de relieve que la prioridad del trabajo respecto al capital, es un postulado que «tiene importancia clave tanto en un sistema basado sobre el principio de la propiedad privada de los medios de producción como en el que se haya limitado, incluso radicalmente, la propiedad privada de estos medios»²⁷⁴.

Por otro lado, conviene señalar que la prioridad no equivale a exclusión, de tal modo que como constata Juan Pablo II «en todo sistema social el ‘trabajo’ y el ‘capital’ son los elementos indispensables del proceso de producción»²⁷⁵. Sin embargo, de conformidad con la entera doctrina social de la Iglesia²⁷⁶, el Papa no ve al trabajo y al capital como dos elementos antagónicos sino como

dos aspectos del trabajo. La antinomia entre trabajo y capital, surgida con la revolución industrial y acrecentada por el materialismo dialéctico, ha sido superada por la Iglesia, quien en su doctrina social trata de elevar ambos conceptos hacia una unidad superior²⁷⁷. El Papa actual supera de raíz la antinomia entre trabajo y capital a partir del principio de la prioridad del «trabajo» sobre el «capital». A la luz de este principio, que tiene en cuenta la condición de persona del hombre, sujeto del trabajo, frente al capital que sólo es «cosas», el Papa ve claramente «que no se puede separar el ‘capital’ del trabajo y que de ningún modo se puede contraponer el trabajo al capital ni el capital al trabajo».

En la LE, Juan Pablo II trata de demostrar la falsía de origen contenida en la antinomia capital-trabajo²⁷⁸. Para ello se remonta a la verdad primera sobre el trabajo que aparece en la Biblia y de la que ya nos hemos ocupado: al «dominio» del hombre sobre la tierra y, a la vez, a la analogía del trabajo en el campo utilizada por Cristo para referirse al trabajo apostólico: «uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os enví a segar lo que no trabajasteis; otros lo trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo»²⁷⁹. El hombre en su trabajo, de una parte, utiliza la naturaleza y, de otra, utiliza el trabajo realizado anteriormente por los demás y que aparece en forma de siembra que aún no ha dado sus frutos o como trabajo acumulado a modo de instrumentos de trabajo. En todo caso, al trabajar, el hombre se encuentra con recursos naturales sin elaborar y con otros en los cuales se ha aplicado en mayor o menor grado el trabajo de otros hombres. Estas verdades que Juan Pablo II toma de la Escritura son también verdades de razón. Por eso, dice el Papa: «aceptamos sin dificultad dicha imagen del campo, guiados por la inteligencia o por la fe que recibe la luz de la Palabra de Dios. Esta es una imagen coherente, teológica y al mismo tiempo humanística»²⁸⁰. Trabajo y capital no son pues, en su origen, elementos antagónicos sino que unos y otros dependen de los bienes materiales creados y del trabajo anterior de otros hombres. En el fondo, como ha señalado repetidamente la doctrina social de la Iglesia, toda la riqueza acumulada procede del trabajo del hombre aplicado sobre los bienes creados²⁸¹. Así, pues, el proceso de producción lejos de manifestar la antinomia entre trabajo y capital, demuestra –como afirma el Papa– «la compenetración recíproca entre el trabajo y lo que estamos acostumbrados a llamar el capital»²⁸², de manera que la antinomia entre ambos elementos del proceso productivo no tiene su origen en el mismo sino en la mente de los hombres. La ruptura de la imagen del campo, expuesta por el Papa, es un hecho constatable por la historia. «La ruptura de esta imagen coherente comenta Juan Pablo II, en la que se salvaguarda estrechamente la primacía de la persona sobre las cosas, ha tenido lugar en la mente humana, alguna vez, después de un largo periodo de incubación

en la vida práctica»²⁸³. En esta incubación se encuentran los orígenes de la concepción laicista del trabajo, que algún día será necesario investigar con profundidad, y se encuentran también en los orígenes del liberalismo económico, que a su vez provocó el materialismo dialéctico. La ruptura mental de la unión inicial entre trabajo y capital ha tenido lugar a partir de premisas economicistas. El propio Papa lo pone de relieve: «(Esta ruptura) se ha realizado de modo tal que el trabajo ha sido separado del capital y contrapuesto al capital, y el capital contrapuesto al trabajo, casi como dos fuerzas anónimas, dos factores de producción colocados juntos en la misma perspectiva «economista»²⁸⁴. De esta ruptura han surgido los errores del economicismo materialista.

La superación de la antinomia entre trabajo y «capital» no es un mero planteamiento teórico, sino que afecta a las personas que están detrás de estos conceptos. «Detrás de uno y otro concepto afirma el Papa están los hombres vivos, concretos; por una parte aquellos que realizan el trabajo sin ser propietarios de los medios de producción y por otra aquellos que hacen de empresarios y son los propietarios de estos medios, o bien representan a los propietarios»²⁸⁵. Pero si no pueden contraponerse trabajo y capital, menos aún podrán contraponerse los hombres que están detrás de estos conceptos; los unos a los otros²⁸⁶. El Papa habla de la primacía del trabajo sobre el capital, no habla, como es natural, de la primacía de unas personas (los trabajadores) sobre otros (los propietarios); todos ellos son igualmente hombres con toda su dignidad. El derecho de propiedad sobre los medios de producción, si estos sirven al trabajo, es compatible con la primacía del trabajo sobre el capital²⁸⁷. Más adelante volveremos sobre ello²⁸⁸, pero en este contexto es importante añadir que quien posea los medios de producción (el capital) debe organizar el sistema de trabajo de modo que se supere el antagonismo entre trabajo y capital no solamente de modo abstracto sino también y, sobre todo, de modo concreto. Así:

Justo, es decir, intrínsecamente verdadero y a su vez moralmente legítimo –afirma el Papa– puede ser aquel sistema de trabajo que en su raíz *supera la antinomia entre trabajo y el capital*, tratando de estructurarse según el principio expuesto más arriba de la sustancial y efectiva prioridad del trabajo, de la subjetividad del trabajo humano y de su participación eficiente en todo el proceso de producción, y esto independientemente de la naturaleza de las prestaciones realizadas por el trabajador²⁸⁹.

Se trata, en definitiva, de la participación eficiente del trabajo en el proceso productivo y de la primacía del trabajador sobre las exigencias técnico económicas derivadas de los instrumentos de producción.

Notas

1. *Discurso a los obreros en el estadio Morubi de Sao Paulo*, 7 (3.VII.80), *L'Oss. Rom. esp.* 13.VII.80, p. 14.
2. Así, por ejemplo, en su visita a Maguncia (Alemania), el Papa señalaba que «el problema del trabajo humano tiene ciertamente su lugar en cuadro de la alianza que el Creador ha establecido con el hombre, creado a su imagen y semejanza y que ha fortalecido y renovado en Jesucristo» (*Hom. en Maguncia*, 1. (16. XI. 80), *L'Oss. Rom. esp.* 23. XI. 80, p. 13).
3. LE 25,3.
4. LE 26,1-2.
5. *Disc. en Turín*, 6 (13.IV.80) en *L'Oss. Rom. esp.* 20 IV.80, p. 16.
6. LE 26,3.
7. Cfr. Mt 19,4 ss; cfr. Mc 10,2 ss.
8. Comentando el pasaje antes citado (Mt 19,4), el Papa afirma: «La respuesta de Cristo es decisiva y sin equívocos. Por esto debemos sacar de ella las conclusiones normativas, que tienen un significado esencial no sólo para la ética, sino, sobre todo, para la teología del hombre y para la teología del cuerpo, que, como un punto particular de la antropología teológica, se establece sobre el fundamento de la palabra de Dios que revela» (*Aloc. Aud. Gén. 4* (19. IX. 79), *L'Oss. Rom. esp.* 23.IX.79, p. 3).
9. *Disc. en Sao Paulo* 7 (3. VII. 80).
10. LE 12,3.
11. Cfr. Respuesta de la Pontificia Comisión Bíblica (30. VI. 1909), Dz. 2127 (3518) y 2122 (3513).
12. LE 4,2.
13. Cfr. Gn 1,28.
14. Cfr. Gn 2,15.
15. Gn 2, 4-6.
16. Gn 2, 8 y 15.
17. *Aloc. Aud. Gén., 4* (24. X. 79), *L'Oss. Rom. esp.* 28.X.79, p. 3.
18. *Disc. en Barcelona*, 2 (7. XI. 82), *L'Oss. Rom. esp.* 21.XI.1982, p. 7.
19. «una cosa hay cierta para los creyentes: la actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios. Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo así la tierra y cuanto en ella se contiene y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo» (GS 34,1).
20. GS 57,2.
21. Cfr. Gn 1,26-27.
22. Gn 1, 28-29.

23. LE 4,2.
24. LE Prólogo.
25. Cfr. *Disc. en Barcelona*, 2 (7. XI. 82).
26. LE 16, 2.
27. Cfr. Gn 3,15.
28. *Disc. de presentación de la encíclica «Laborem exercens»*, 3 (13. IX. 81), en *L'Oss.Rom.esp.* 20. IX. 81, p. 2.
29. Dz 319 (624).
30. GS 22,2.
31. RH 1,2.
32. RH 11,3.
33. LE 4,1.
34. Cfr. Rom 3,24; 1 Cor 1,30; Ef 1,7; Col 1,14; Heb. 9,15.
35. Cfr. Rom 8,15.
36. Es decir, a la vida de la gracia. «Esta unión de Cristo con el hombre por la Encarnación del Verbo: (cfr. GS 22) –afirma Juan Pablo II– es en sí misma un misterio, del que nace el ‘hombre nuevo’ (2 Pt 1,4), llamado a participar de la vida de Dios creado nuevamente en Cristo, en la plenitud de la gracia y verdad (cfr. Ef. 2,10 Jn 1, 14. 16). La unión de Cristo con el hombre es la fuerza y la fuente de la fuerza según la incisiva expresión de San Juan en el prólogo de su Evangelio: ‘Dióles poder de venir a ser hijos’ (Jn 1, 12)» (RH 18,2).
37. Cristo se entregó a sí mismo para la Redención de todos los hombres (cfr. 1 Tim 2,6) y, como comenta Juan Pablo II, «El hombre ha sido redimido por Cristo porque con el hombre –todo hombre sin excepción alguna– se ha unido Cristo de algún modo, incluso cuando ese hombre no es consciente de ello, ‘Cristo, muerto y resucitado por todos, da siempre al hombre’ –a todo hombre y a todos los hombres– «... su luz y su fuerza para que pueda responder a su máxima vocación (GS 10)» (RH 14,3).
38. Como enseña el Concilio de Trento, «aun cuando Cristo murió por todos, no todos, sin embargo, reciben el beneficio de su muerte, sino sólo a aquellos a quienes se comunica el misterio de su pasión (cfr. CONC. TRIDENTINO, *Ses. VI, cap. 3* (Dz 795 (1523)) de tal modo que ‘después de la promulgación del Evangelio no puede darse sin el lavatorio de la regeneración, o su deseo, conforme está escrito: ‘si uno no hubiera renacido del agua del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios’ (Jn 3,5)» (*ibid.*, cap. 4, Dz 796 [1524]).
39. RH 18,1.
40. LG 9,2; GS 45,2.
41. RH 14,1
42. RH 14,1.
43. RH 10, 2.
44. RH 10,1
45. RH 9, 2.
46. RH 9,2.
47. Col 1, 16-17.
48. Cfr. Gn 2,15 y 3,17.
49. Cfr. Ef 1,10, Col 1,20.
50. GS 45,2.
51. GS 45,2.
52. RH 8,1
53. *Ibidem.*
54. Así como los hombres unidos a Cristo y sellados con el Espíritu Santo son ya hijos de Dios pero todavía no se ha manifestado lo que han de llegar a ser (cfr. 1 Jn 3,1), de igual modo, «la renovación del mundo está irrevocablemente decretada» (LG 48) pero aún las criaturas esperan ser liberadas de la servidumbre de la corrupción para participar de la libertad de la gloria

- de los hijos de Dios, cuando llegue el día del Señor (cfr. Rom 8,21). Cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas (cfr. Act 3,21), cuando llegue Cristo y los hombres se manifiesten gloriosos con Él (cfr. Col 3,4), entonces junto con el género humano, también la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, será perfectamente renovada en Cristo (cfr. Ef 1,10; Col 1,20; 2 Pt 3,10-13) (LG 48,1).
55. El decreto redentor sobre el mundo que llegará a su consumación al final de los tiempos, de algún modo se anticipa ya en el tiempo presente como fruto del trabajo del hombre, redimido por Cristo y movido por el Espíritu Santo (Vid. § B, 4, b de este capítulo). La Iglesia, enseña a los cristianos y a todos los hombres a valorar debidamente al mundo, el cual, en palabras del Vaticano II: «los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo, crucificado y resucitado, roto el poder del demonio para que el mundo se transforme según propósito divino y llegue a su consumación» (GS 2,2).
 56. AA 5,1.
 57. AA 7,1.
 58. LE, Introducción.
 59. LE 5,1.
 60. Cfr. CATURELLI, *Fundamento metafísico del acto de trabajo*, Congreso Mundial de Filosofía del Derecho, México 1981, vol. I, pp. 105-116.
 61. «... aquellas palabras, puestas al principio de la Biblia, no dejan de ser actuales. Abarcan todas las épocas pasadas de la civilización y de la economía, así como toda la realidad contemporánea y las fases futuras del desarrollo, las cuales, en alguna medida, quizás se están delineando ya, aunque en gran parte permanecen todavía casi desconocidas o escondidas para el hombre» (LE 5,1).
 62. LE 4, 3.
 63. Cfr. Gn 2, 15.
 64. «Quien desea que la estrella de la paz aparezca y se detenga sobre la sociedad, dé al trabajo el puesto que Dios le señaló desde el principio. Como medio indispensable para el dominio del mundo, querido por Dios para su gloria, todo trabajo posee una dignidad inalienable, y al mismo tiempo, un íntimo lazo con el perfeccionamiento de la persona, noble dignidad y prerrogativa del trabajo, en ningún modo envilecidas por el peso y la fatiga, que se han de soportar, como efecto del pecado original, en obediencia y sumisión a la voluntad de Dios» (Pío XII, Radiom. *Con sempre*, 41 (24.XII 42) AAS 35 (1943) 20).
 65. GS 57,2.
 66. LE 6,3.
 67. «El trabajo afirma K. Marx es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso que éste realiza, regula: y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza. En este proceso el hombre se enfrenta, como un poder natural, con la materia de la naturaleza. Pone en acción las formas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano, para de ese modo asimilarse, bajo una forma útil para su vida, las materias que la naturaleza le brinda» (K. MARK, *El Capital, El Capital*, 5ª ed. México 1968. Traducción castellana de W. Roces, Tº I, pp. 130-131). Ciertamente Marx, no niega la evidencia de que el hombre «regula y controla» el proceso, ni la superioridad del trabajo humano a la actividad de los animales, pues, al final del proceso de trabajo brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del obrero» (*ibid.*); sin embargo, este especie de «dominio» no es en Marx algo que responda a un fin sino una «condición natural eterna de la vida humana» (*ibid.*, p. 136). El trabajo viene a ser en Marx la relación mediadora dentro de la dialéctica entre el hombre y la naturaleza.
 68. Para Marx «el régimen de producción de la vida material condiciona todo el proceso de la vida social, política y espiritual (*ibid.*, p. 46, nota 36), de tal modo, que la economía se con-

- vierte en la ciencia de lo humano en cuanto tal: el «proceso de producción» constituye el «proceso de creación y reproducción de la vida humana» (cfr. *ibid.*, To. III, p. 185).
69. La libertad es «signo eminente de la imagen divina en el hombre» (GS 17,1).
 70. Cfr. GS 15,1.
 71. Cfr. GS 8,2.
 72. Cfr. GS 4,3.
 73. *Aloc. Aud. Gén;* 4 (2. I. 80), *L'Oss. Rom. esp.* 6. I. 80, p. 3.
 74. Cfr. Pío XI, Enc. *Quadragesimo anno*, 53 en AAS 23 (1931) 195; Pío XII, *Aloc. La vostra gradita presenza*, 16 (13. VI. 43) en AAS 35 (1943) 178; *Radiom.* (24. XII. 40) en AAS 34 (1942) 14, etc.
 75. «El hombre, redimido por Cristo y hecho en el Espíritu Santo nueva criatura, puede y debe amar las cosas creadas por Dios. Pues de Dios las recibe, y las mira y respeta como objetos salidos de las manos de Dios. Dándole gracias por ellas al Bienhechor y usando y gozando de las criaturas en pobreza y con libertad de espíritu, entra de veras en posición del mundo como quien nada tiene es dueño de todo: *Todo es vuestro; vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios* (cfr. I Cor 3,22-23)» (GS 37,4).
 76. *Disc. a los propietarios y obreros de las plantaciones de azúcar de «Raclaimed Area» de Bacolod, Filipinas*, 5 (20. II. 81), *L'Oss. Rom. esp.* 1. III. 81, p. 10.
 77. *Hom. en «Living Farms» en Des Moises, U.S.A.*, 1 (4. X. 79), *L'Oss. Rom. esp.* 21. X. 79, p. 4.
 78. *Ibidem.*
 79. «La industria, la población y el desarrollo económico son, sin duda, el primer resultado del trabajo y de la inteligencia del hombre. Pero ningún hombre puede obtener por sí sólo estos resultados. Depende de algo que ya existe. Utiliza en beneficio propio las leyes de la naturaleza. Por lo tanto, el hombre no parte del vacío, no hace su obra de la nada, sino que utiliza cuanto ya había sido creado» (*Mensaje en el 90º Aniversario de la «Rerum Novarum»*, 5 (15.V.81) en *L'Oss. Rom. esp.*, 24. V. 81, p. 10.
 80. *Ibidem.*
 81. Por ejemplo en Ps 8,8.
 82. Cfr. p. ej., SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Contra los Anomeos*, XI, 9, 2, PG 48,798; *De compunctione ad Stelechium*, II, 5, PG 47,419; SEVERIANO DE GABALA, *De mundi Creatione*, IV, 5, PG 56,462.
 83. Cfr. GS 9, 15, 33, 34...
 84. «El hombre es objetivamente 'alguien' y en ello reside lo que le distingue de los otros seres del mundo visible, los cuales objetivamente, no son nunca nada más que 'algo'. Esta distinción simple, elemental, revela todo el abismo que separa el mundo de las personas del de las cosas» (WOJTYLA, K., *Amor y responsabilidad*, Razón y Fe, Madrid, 1969, pp. 13-14).
 85. *Aloc. Aud. Gén.*, 3 (12. X. 79) en *L'Oss. Rom. esp.* 16. VI. 79, p. 3.
 86. Cfr. CONC. VATICANO I, *Can. De Fide Catholica*, n.1-5 en Dz 1801 a 1805 (3021 a 3025).
 87. La filosofía marxista ha revestido a la naturaleza del atributo de la *aseidad*. En la naturaleza está comprendida toda realidad, todo ser. Esta aseidad es una propiedad de la naturaleza como tal pero no de los individuos que la componen, los cuales brotan de su seno y desaparecen en él. En este contexto no cabe más que negar la espiritualidad del hombre. La naturaleza es, para el hombre, la existencia del hombre y, de aquí que el hombre no encuentre en el hombre otra cosa que naturaleza: el hombre es para el hombre la existencia de la naturaleza (cfr. DEL YURRE, G.R., *El marxismo*. BAC, Madrid, 1967, p. 11 ss.
 88. *Disc. ante el CELAN en Puebla*, I, 9 (28.1.79).
 89. LE 4,4.
 90. *Disc. a una delegación de «Solidarnosc»* (15.I.81), *L'Oss. Rom. esp.* 25.1.81, p. 11.
 91. LE 4,4.
 92. *Disc. ante la OIT*, 6 (1.VI.82), *L'Oss. Rom. esp.* 27.VII.82, p. 11.
 93. LE 5,4.
 94. Cfr. *ibid.*

95. Cfr. *ibid.*
96. Cfr. LE 5,5
97. Cfr. LE 12,4.
98. «El medio de trabajo –afirma Marx– es aquel objeto o conjunto de objetos que el obrero interpone entre él y el objeto que trabaja y que sirve para encauzar su actividad sobre este objeto. El hombre se sirve de las cualidades mecánicas, físicas y químicas de las cosas para utilizarlas conforme al fin perseguido, como instrumentos de actuación sobre las cosas. El objeto que el obrero empuñe directamente –si prescindimos de los víveres aptos para ser consumidos sin más manipulación, de la fruta, por ejemplo, en cuyo caso sus instrumentos de trabajo son sus propios órganos corporales– no es el objeto sobre el que trabaja, sino el instrumento de trabajo. De este modo, los productos de la naturaleza se convierten directamente en *órganos* de la actividad del obrero, órganos que el *incorpora* a sus propios órganos corporales, prolongando así, a pesar de la Biblia, su estatura natural» (MARX, K., *El Capital*, *op. cit.*, t. I, pp. 131-132).
99. LE 12,4
100. Marx alude a Mt 6,27 ss.
101. LE 5, 5.
102. Cfr LE 13,2.
103. LE 11,5.
104. Cfr. LG 10, 34-36.
105. [La Iglesia] ve un deber suyo particular en la formación de una espiritualidad del trabajo, que ayude a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor, a participar de sus planes salvíficos respecto al hombre y al mundo, y a profundizar en sus vidas la amistad de Cristo, asumiendo mediante la fe una viva participación en su triple misión de Sacerdote, Profeta y Rey, tal como enseña en expresión admirable el Concilio Vaticano II» (LE 24,2).
106. RH 21,1.
107. LG 36.
108. *Ibidem.*
109. *Ibidem.*
110. Cfr. LG 36.
111. RH 21.
112. WOJTYLA, K., *Signo de contradicción*, *op. cit.*, p. 178.
113. RH 16,1.
114. WOJTYLA, K., *Signo de contradicción*, *op. cit.*, p. 178.
115. RH 21,1.
116. WOJTYLA, K., *Alla Fonti del Rinascimento* (Vaticano 1981) p. 90.
117. *Disc. en Villa Viçosa, 1* (14.V.82) en *L'Oss.Rom.esp* 23.V.82, p. 13.
118. Cfr. LE 5, 1.
119. Cfr. LE Prólogo.
120. Cfr. LE 20, 6; 25, 3
121. LE 13,5
122. Cfr. Gn 1, 26.
123. MARX, K., *El Capital*, *op. cit.*, t. I., p. 3.
124. LE, Introducción.
125. LE, Introducción.
126. LE, Introducción.
127. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1970, voz «Trabajo», n° 4.
128. *Aloc. Aud. Gén.* (31.XII.79), en *L'Oss.Rom. esp.*, I,80,
129. Cfr. Gn 2,7.
130. Cfr. Gn 1,26.

131. Para Marx, la diferencia entre el hombre y el animal es la mayor universalidad del hombre frente al animal: «Ciertamente, el animal también produce. Él se construye su nido, habitaciones, como la abeja, el castor, la hormiga, etc. Pero el produce tan sólo aquello de lo que tiene necesidad inmediata para él o para su hijo; produce de una manera unilateral, mientras el hombre produce de una manera universal; el animal tan sólo produce bajo el imperio de la necesidad física inmediata, mientras que el hombre produce incluso cuando se ha liberado de la necesidad física, y no produce verdaderamente más que cuando se ha liberado de ella; el animal solamente se produce a sí mismo, mientras que el hombre reproduce toda la naturaleza; el producto del animal forma parte directamente de su cuerpo físico, mientras que el hombre afronta libremente su producto. El animal no forma más que a la medida y según las necesidades de la especie a la cual pertenece, mientras que el hombre sabe producir a la medida de toda especie y sabe aplicar en todas partes al objeto su naturaleza inherente (MARX, K., *Manuscritos de 1844, oc.*, p. 566)». En realidad –como ha escrito certeramente J.A. Riestra–, al reducir el hombre a la conciencia de ser sensible, desaparece la diferencia específica entre ambos, la espiritualidad humana. Teóricamente no queda más posibilidad de diferencia que tomar como simple constatación lo que es una consecuencia del alma espiritual de hombre: la mayor indeterminación del hombre frente al animal» (RIESTRA, J.A., *K. Marx: Escritos juveniles (Manuscritos de 1844)*, Madrid, 1975, p. 97).
132. Cfr. *Aloc. Aud. Gén 5 y 6* (10.X.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 14.X.79, p. 3.
133. *Hoc excellit in homine, quia Deus ad imaginem suam homine, quia Deus ad imaginem suam hominem facit, propter hoc quod dedit ei mentem intellectualem, qua praestat pecoribus* (SAN AGUSTÍN, *Super Gen. ad litt. VI Enchir.* c. 10; ML 40, 230).
134. Cfr. SANTO TOMÁS, *S.Th.* I, q. 70, a.30.
135. GS 14,2. Por su interioridad, el hombre se distingue de los animales aun de los más perfectos: «En términos metafóricos, podríamos decir que la persona, en cuanto sujeto, se distingue de los animales, aun de los más perfectos, por su interioridad, en la que se centra una vida que es propia, su vida interior» (WOJTYLA, K., *Amor y responsabilidad, op. cit.*, p. 15).
136. LE *Prólogo*.
137. *Disc. a una delegación del sindicato «Solidarnos»* (15.I.1981), *L'Oss.Rom.esp.*, 25.I.81, p. 11.
138. LE 24, 1.
139. El último Concilio remarca, en efecto, que el trabajo humano «procede inmediatamente de la persona (*a persona immediate procedit*)» (GS 67,2).
140. LEÓN XIII ya presentaba como nota característica del trabajo el ser personal, «en cuanto la energía que opera es inherente a la persona y propia en absoluto del que la ejerce y para cuya utilidad le ha sido dada» (RN 32). *El trabajo* «es personal –añadía Pío XII– porque se lleva a cabo con las fuerzas particulares del hombre» (Pío XII, *Radiom. La Solennità*, 1.VI.1941).
141. LE, *Introducción*.
142. *Ibidem*.
143. CARDONA, C., *Metafísica de la opción intelectual*, 2ª ed., Rialp, Madrid, 1973, p. 190. Añade: «En este titánico esfuerzo, con una sustancial identidad, han contribuido, coaligándose, las fuerzas más dispares y las configuraciones sistemáticas de apariencia más heterogéneas: *die grosse Koalition*. Sus grados podrían ser señalados de este modo: 1, el ser es lo que puede ser (esencia existencia, ente real o posible: nominalismo, Suárez...); 2, el ser es *lo que puede ser conocido* (Descartes, Hume, Kant...); 3, el ser es *lo que puede ser pensado* (Spinoza, Fichte, Schelling, Hegel...); 4, el ser es *lo que puede ser hecho* (Feuerbach, Marx, Engels...); 5, el ser es *lo que es hecho ser* (Nietzsche, Jaspers, Heidegger, Sartre...)» (*ibid.*, pp. 190-191).
144. GOETHE, *Fausto*, *Prólogo*.
145. Para Hegel «el espíritu es pura actividad, absoluto desasosiego» (*Enciclopedia: Werke* (1832) t. 7,2 p. 11) y los hombres que se mueven en el seno de este absoluto son también acción y proceso.

146. M. Hess. (1812-75), de la izquierda hegeliana, cuya influencia sobre MARX es bien conocida, abunda en la idea de hacer consistir el hombre en actividad libre. Afirma: «La esencia del hombre, lo específico, aquello por lo cual se distingue del animal, consiste... en su actividad libre, independiente de toda coacción exterior. Esta libertad es tanto la única vida como el único disfrute del hombre. Mientras no se produce esta libertad total y única, el hombre no vive humanamente, sino de forma más o menos animal» (HESS, M., *Philosophische und Sozialistische Schriften*, Akademie Verlag (Berlín 1961) p. 228).
147. Marx alaba a Hegel en su planteamiento acerca de la esencia del hombre diciendo: Hegel se coloca en el punto de vista de la economía moderna. Él concibe el trabajo como la esencia; como la esencia acrisolada del hombre» (MARX, K., *Manuscritos de 1844, op. cit.*, p. 646). Marx parte de la reducción del hombre a lo sensible efectuada por Feuerbach pero lo «supera» reduciendo el hombre a actividad práctico sensible, a sujeto de necesidades sensibles que puede satisfacer transformando la naturaleza mediante el trabajo. El hombre es esa actividad sensible que es el trabajo: el hombre es trabajo (cfr. DEL NOCE, A., *I caratteri generali del pensiero politico contemporaneo*. I. Lezioni sul Marxismo, Giuffrè, Milan 1972, p. 42 ss.).
148. Las siguientes palabras de K. Wojtyła recuerdan la doctrina tradicional sobre la cual se apoya su concepción de la acción: ‘Cuando analizamos la estructura, condición y fuente de la acción, no podemos pasar por alto su último fundamento óptico. La subjetividad presente en la actuación del hombre y en lo que ocurre en él implica o se refiere a un factor ópticamente subyacente que es condición necesaria de la misma. En la filosofía que se basa en el principio establecido por Aristóteles y Tomás de Aquino, esta subjetividad (presente tanto en la actuación del hombre como en lo que ocurre en él) se expresa en el concepto de *suppositum*. El *suppositum* indica el hecho mismo de ser el sujeto o el hecho de que el sujeto es un ser. El sujeto en cuanto ser está por debajo o sirve de soporte de toda estructura dinámica, de todo lo que se hace u ocurre, de toda eficacia y subjetividad. Es un ser real, el hombre ser que existe realmente, y, por lo tanto, actúa también realmente. Entre la existencia, la actuación se da una relación estricta, que constituye la más fundamental de las comprensiones del hombre. En terminología filosófica, esto se ha formulado con la frase *operari sequitur esse*, que significa que para que algo actúe, antes tiene que existir. La existencia está en el origen mismo del actuar, igual que está en el origen mismo de todo lo que ocurre en el hombre: está en el origen de todo dinamismo propio del hombre (WOJTYLA, K., *Persona y acción, op. cit.*, pp. 88-89).
149. En contraposición con el planteamiento de Berkeley *esse est percipi* (el ser es ser percibido) que llega hasta la fenomenología de Husserl, K. Wojtyła plantea la cuestión del siguiente modo: «la conciencia, en unión íntima con el ser y actuar basados en la realidad óptica del hombre persona concreto, no absorbe en sí misma ni oscurece a este ser, a su realidad dinámica, sino que, por el contrario, la descubre ‘hacia adentro’, y, por lo tanto, la revela en su diferencia específica y corrección singular» (WOJTYLA, K., *Persona y Acción, op. cit.*, p. 57).
150. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Contra Gentiles*, Lib II, cap. I.
151. Cfr. WOJTYLA, K., *Persona y Acción, op. cit.*, especialmente cap. V y VI.
152. Cfr. SIMON, Y., *Trois leçons sur le travail*, Tequi, (Paris, s.f., p. 1).
153. La Iglesia enseña que el hombre es un ser compuesto de cuerpo y espíritu. Así lo han declarado el Concilio IV de Letrán (cfr. Dz 428 (800)) y el Concilio Vaticano I (cfr. Dz 1783 (3002)). Por su parte el Concilio Vaticano II ha subrayado que «en la unidad de cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza del Creador (cfr. Dan 3, 57-90)» (GS 14). La unidad de cuerpo y alma es el estado natural del hombre y, aunque la separación de alma y cuerpo en el momento de la muerte es una realidad que la Iglesia siempre ha enseñado, es este un estado transitorio: el hombre entero ha de resucitar el último día.
154. LE 24,1.
155. Cfr. LE 26,2.

156. Cfr. LE 9, 2.
157. «¿Se puede considerar el estudio como un trabajo? –se pregunta el Papa– Ciertamente, al menos si entendemos los conceptos de ‘estudio’ y de ‘trabajo’ en su significado más profundo, que es humanístico y religioso al mismo tiempo. El estudio, en sentido técnico y preciso, es ante todo *trabajo del intelecto* que busca la verdad para conocerla y comunicarla. Si «trabajo» quiere decir disciplina, método, fatiga, el estudio es ciertamente todo esto... Pero el estudio no es sólo trabajo del entendimiento: es también *trabajo de la voluntad*. El intelecto no puede perseverar en solitario en la búsqueda de la verdad especialmente cuando se trata de verdades morales si no está constantemente sostenido por la voluntad. No se encuentra la verdad si no se la ama: y el amor es acto de la voluntad. Además, las verdades más altas, que son las del Evangelio, no pueden ser auténtica e íntimamente conocidas sin esa especie de amor sobrenatural que es la caridad, único conducto por el que podemos conocer verdaderamente a Dios, Verdad infinita» (JUAN PABLO II, Disc. al UNIV’83, 1-2 (29.III.83) en *L’Oss.Rom. esp.* 13.IV.83, p. 11.
158. Cfr. LE 9, 2, 19, 4-5.
159. Cfr. LE 14, 3.
160. Cfr. TILGNER, A., *Homo faber*, 3ª ed., Bardi, Roma 1944; BATAGLIA, F., *Filosofía del trabajo*, Rev. Derecho Privado, Madrid, 1955; PÉREZ LEÑERO, J., *El tema del trabajo en las religiones*, Aguilar, Madrid, 1959; JACCARD, P., *Histoire sociale du travail*, Payot, Paris, 1960; MONACO, M., *Il lavoro attraverso la storia*, en *Il Lavoro Coletti*, Roma 1963, pp. 85-162; PARIAS, L.H., *Historia general del trabajo*, 4 vol., Grijalbo, México, 1965.
161. Entre las causas del menosprecio del trabajo manual en la Grecia de Jenofonte, Platón y Aristóteles y que luego pasaría a la Roma de Lucrecio, Cicerón y Seneca, cabría señalar dos causas:
- 1) Muchos trabajos manuales de la época como explotación de minas, remeros en la Galenas, agricultores, picapedreros en canteras, obreros de la construcción, etc. Eran muy repetitivos, y de una enorme dureza.
 - 2) Los esclavos conseguidos en las guerras eran empleados en trabajos manuales de modo que el trabajo manual vino a hacerse indigno de hombres libres. Tanto así que los ciudadanos romanos preferían la ociosidad, aunque estuviera llena de estrecheces que mezclarse en los talleres con los esclavos.
162. Cfr BENOIT, P., «*Le travail selon la Biblia*», en *Limière et Vie* 20 (1955)73-86.
163. Puede encontrarse un elenco de textos de los Padres acerca de la dignidad del trabajo en DALOZ, L., *Dominad la tierra*, Novaterra, Barcelona, 1965, p. 159 ss.
164. *Disc. en Barcelona*, 7 (7.XI.82), en *L’Oss.Rom. esp.*, 21.XI.82, p. 7.
165. «Deseo, a través de ustedes –dijo el Papa– rendir homenaje ante todo al trabajo del hombre, sea cual sea este trabajo y el lugar del globo en que se realice; a cualquier trabajo –así como a cada uno de los hombres y mujeres que lo realizan– sin distinción de sus características específicas; bien se trate de un trabajo ‘físico’ o de un trabajo ‘intelectual’; sin distinción tampoco de sus determinaciones particulares: bien sea un trabajo de ‘creación’ o de ‘reproducción’, bien sea el trabajo de investigación teórica que pone las bases del trabajo de otros, o el trabajo que consiste en organizar las condiciones y las estructuras o bien el trabajo, en fin, de los cuadros directivos o el de los obreros que ejecutan las tareas necesarias para la realización de los programas fijados» (*Disc. ante la O.I.T.*, 2 [15.VI.82], *L’Oss.Rom. esp.* 27.VI.82, p. 10).
166. LE, 6,1.
167. LE, 6,2.
168. S. Tomás, siguiendo la clásica definición de persona que da Boecio: *rationalis naturae individua substantia* (*De duabus naturis et una persona Christi*, c. 3: ML 64,1345; cfr. I q. 29 a.1), da la siguiente noción: «Omne individuum rationalis naturae dicitur persona» (S. TOMÁS, *S.Th.*, I q. 29 a. 3 ad 2). K. Wojtyła, mediante su planteamiento de la relación entre conciencia y experiencia, acepta la definición de hombre parecida a la dada por Boecio pero la mati-

za: «el hecho de que nuestra experiencia se forme como resultado de la conciencia, de que sin conciencia no hay experiencia humana aunque pueda haber distintas manifestaciones de vida, distintas actualizaciones de las potencialidades humanas, se explica a su propia manera mediante el atributo *rationale* de la concepción aristotélica y de su definición del hombre, o mediante la concepción y definición del hombre expuesta por Boecio en la fórmula *rationalis naturae individua substantia*» (WOJTYLA, K., *Persona y Acción*, op. cit., p. 59)

169. La identidad entre individuo y especie es una exigencia de la dialéctica. El individuo humano, en Marx, no es «el hombre», sino un «momento» del proceso que se realiza de modo colectivo. «El individuo es el *ente social*. Su manifestación de vida... es, por tanto, una manifestación y exteriorización de la vida social. La vida individual del hombre y su vida genérica no son distintas» (K. MARX, *Manuscritos de 1844*, op. cit., p. 597); «el hombre es un ser genérico no sólo por cuanto, tanto práctica como teóricamente, se convierte en objeto suyo el género, así el suyo propio como el de las demás cosas, sino también... en el sentido de que se comporta hacia sí mismo como hacia el género vivo y actual, como hacia un ente universal y por tanto, libre» (*ibid.*, P. 566).
170. En cambio, «perdida la noción de acto de ser, o reducido el ser a acción, la distinción entre naturaleza y sujeto (*suppositum*) no tiene razón alguna. Es más, el sujeto se convierte por ser concreto y determinado en el polo dialéctico opuesto a la naturaleza, que es de por sí indeterminada. El ser es entonces acción, pero no acciones de todos y cada uno de los individuos, sino una supuesta «acción de la humanidad», el continuo devenir histórico. Toda determinación individual es sólo una parte del ser del hombre genérico, una fibra aislada de un tejido que es puro actuarse material» (ALVIRA, T., *K. Marx, Miseria de la Filosofía*, Magisterio español, Madrid, 1976, pp. 56-57).
171. LE 12,1.
172. *Ibidem*.
173. «Al tener la experiencia de sí mismo en cuanto agente –se lee en *Persona y Acción*– el actor descubre que es él mismo quien está en el origen de su actuar. Es de él de quien depende la existencia del actuar en cuanto a tal: en él tiene su origen y en él mantiene su existencia. Ser causa significa producir un efecto y mantener su existencia, su devenir y su ser. Por eso, de forma completamente experimental, el hombre es la causa de su actuar» (K. WOJTYLA, *Persona y Acción*, op. cit., pp. 83-84). De este modo Mons. Wojtyla une la relación experimental entre persona y acción con la «causalidad eficiente» de la que habla Aristóteles.
174. «Aunque pueda parecer que en el proceso industrial ‘trabaja’ la máquina mientras el hombre solamente la vigila, haciendo posible y guiando de diversas maneras su funcionamiento, es verdad también que precisamente por ello el desarrollo industrial pone la base para plantear de manera nueva el problema del trabajo humano. Tanto la primera industrialización, que creó la llamada cuestión obrera, como los sucesivos cambios industriales y postindustriales, demuestran de manera elocuente que, también en la época del ‘trabajo’ cada vez más mecanizado, *el sujeto propio del trabajo sigue siendo el hombre*». (LE 5,3).
175. Cfr. LE 4,3.
176. «El hombre domina ya la tierra –dice el Papa– por el hecho de que domestica los animales, los cría y de ellos saca el alimento y vestido necesarios, y por el hecho de que puede extraer de la tierra y de los mares diversos recursos naturales. Pero mucho más ‘somete la tierra’, cuando el hombre empieza a cultivarla y posteriormente elabora sus productos, adaptándolos a sus necesidades. La agricultura constituye así un campo primario de la actividad económica y un factor indispensable de la producción por medio del trabajo humano. La industria, a su vez, consistirá siempre en conjugar las riquezas de la tierra los recursos vivos de la naturaleza, los productos de la agricultura, los recursos minerales o químicos y el trabajo del hombre, tanto el trabajo físico como el intelectual. Lo cual puede aplicarse también en cierto sentido al campo de la llamada industria de los servicios y al de la investigación, pura o aplicada» (LE 5,1).

177. ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*, Libro VI, cap. IV.
178. Cfr. WOJTYLA, K., *Persona y Acción*, *op. cit.*, p. 87 ss.
179. El homólogo conceptual de potencia y acto en el planteamiento filosófico de K. Wojtyla es el dinamismo: «toda actualización contiene en sí misma tanto la posibilidad como el acto, que es el cumplimiento real de la posibilidad; las contiene, por tanto, no como dos entidades, sino como dos existencias interrelacionadas... En la actualización, la posibilidad y el acto constituyen, por así decirlo, los dos momentos o fases de la existencia concreta reunidos en una unidad dinámica» (*ibid.*, P. 79).
180. El antiguo problema aristotélico de si las acciones son productos del hombre que actúa o el producto es únicamente el efecto exterior de su actuación –por ejemplo: si el producto es la hoja de papel cubierta de palabras escritas o el plan estratégico elaborado por la mente–, es prueba suficiente de que la mente humana es también creadora. Su creatividad utiliza como materia prima al propio hombre... El momento de la creatividad está estrechamente relacionado con el momento de la eficacia (experiencia tiene el propio hombre de ser él quien actúa)... La eficacia es dinámica en sí misma; en realidad constituye, por así decirlo, la culminación del dinamismo humano» (*ibid.*, p. 86).
181. *Disc. ante la OIT*, 5 (15.VI.82) en AAS 74 (1982) 996; trad. *L'Oss.Rom.esp.* 27.VI.82, p. 11.
182. *Hom. en Czestochowa*, 2 (6.VII.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 17.VI.79, p. 10.
183. LE 4,2.
184. LE 4,1.
185. Para Marx, siendo el trabajo el único creador de valores de uso, es «condición» de vida del hombre, y condición independiente de todas las formas de sociedad, una necesidad perenne y natural sin la que no se concebiría el intercambio entre el hombre y la naturaleza ni, por consiguiente la vida humana» (MARX, K., *El Capital*, *op. cit.*, t. I, p. 10); «el trabajo es la primera necesidad vital» (MARX, K., *Critique du programme de Gotha*, Sociales, Paris 1950, p. 25). También Engels se expresa de modo parecido al afirmar que el trabajo es «condición fundamental primera de la vida del hombre» (ENGELS, F., *Du rôle du travail dans l'humanisation des signes* en *Dialectique de la Nature* (Paris 1955) p 171. Mientras que Marx y Engels ven el trabajo en términos de vida biológica, el Papa habla de él desde un punto de vista personalista, es decir, en relación con lo que el trabajo significa en la vida del hombre entero; se trata, por tanto, de algo más que la simple vida física.
186. LE 27, 1.
187. LE 4, 3.
188. LE *Prólogo*.
189. *Disc. ante la OIT*, 7 (15.VI.82).
190. *Ibidem*.
191. *Ibidem*.
192. LE 12,3.
193. LE 12,2.
194. LE 12,3.
195. *Ibidem*
196. *Ibidem*
197. *Ibidem*.
198. LE 12,4.
199. LE 13,2.
200. LE 10,3.
201. «Lo que distingue a las épocas económicas unas de otras no es lo que se hace, sino el cómo se hace, con qué instrumentos de trabajo se hace» (MARX, K., *El Capital*, *op. cit.*, t. I, p. 132).
202. Cfr. GS 57,2.
203. Cfr. 2 Pe 3, 13, Ap 21, 1
204. LE 27,5.

205. El materialismo histórico es, en primer lugar, un método que consiste en buscar «la causa final y la fuerza propulsora decisiva de todos los acontecimientos históricos importantes en el desarrollo económico de la sociedad en distintas clases y en las luchas de esas clases entre sí» (ENGELS, F., *Del socialismo utópico al socialismo científico* (edición castellana de Ediciones en Lengua extranjera), Moscú, 1946, p. 24).
206. «Toda la llamada historia universal no es otra cosa que la generación del hombre mediante el trabajo humano, no es otra cosa que el devenir de la naturaleza para el hombre» (K. MARX, *Manuscritos de 1844, op. cit.*, p. 268).
207. LE 5,5.
208. FC 6,6.
209. «En el mismo momento en que comienza la civilización, la producción empieza a fundarse sobre el antagonismo de los órdenes de los estados, de las clases, sobre el antagonismo, en fin, del trabajo acumulado y del trabajo inmediato. Sin antagonismo no hay progreso. Es la ley que la civilización ha seguido hasta nuestros días» (K. MARX F. ENGELS, *Miseria de la Filosofía* (ed. castellana de D. Negro), Madrid, 1973, p. 100).
210. LE 6,3.
211. «El conflicto acarrea progreso si lo que vence es el bien y no el mal. Si se pierde la noción de fin, la atención viene acaparada solamente por la oposición de contrarios, deformando así la verdadera naturaleza del Movimiento. Hace muchos siglos el fisicismo jónico puso también el acento en la contrariedad. Pero ya entonces Aristóteles hizo ver que, dándose efectivamente el movimiento entre contrarios, el origen del movimiento no es la contrariedad, sino el fin» (ALVIRA, T., *K. Marx – F. Engels: Miseria de la Filosofía*, Madrid, 1976, pp. 49-50).
212. *Aloc. Aud. Gén.*, 3 (25.IV.79) en *L'Oss. Rom. esp.* 29.IV.79, p. 3.
213. Cfr. *ibid.*, 1.
214. LE 6,6.
215. Cfr. LE 5 y 6.
216. Cfr. LE 5,1.
217. LE 6.
218. LE 24,1.
219. Según EUCKEN (citado por FERRATER MORA, J., *Diccionario de Filosofía*, voz «Objeto-Objetivo». Buenos Aires 1969, t. II, p. 311).
220. *Objectum* es un participio pasado del verbo *objicere*, el cual puede traducirse como «presentarse a los ojos». Lo que corresponde al *objectum* suele llamarse *objectivum*. Así, pues, trabajo objetivo etimológicamente significaría «lo que se presenta ante los ojos por efecto del trabajo».
221. En el sistema filosófico presentado en *Persona y acción*, la conciencia presenta una dualidad funcional. Por una parte reproduce como en un espejo todo aquello con lo que el hombre se encuentra en relación externa a través de todas y cada una de las cosas que hace también de orden cognoscitivo y de todas las cosas que ocurren en él, de tal modo que se podría decir que en la conciencia se «contiene» todo el hombre, así como todo el mundo accesible a «este» hombre concreto. Por otra parte, la conciencia tiene una función reflexiva mediante la cual vuelve sobre el sujeto constituyendo la experiencia (cfr. WOJTYLA, K., *Persona y acción, op. cit.*, cap. I).
222. «La conciencia no sólo nos permite tener una visión interior de nuestras acciones (percepción inmanente) y de su dependencia dinámica del ego, sino también experimentar estas acciones en cuanto acciones y en cuanto propias. En este sentido, decimos que el hombre debe a la conciencia la subjetivación de lo objetivo» (WOJTYLA, K., *Persona y acción, op. cit.*, p. 53).
223. Cfr. *ibid.*, p. 70.
224. Cfr. *ibid.*, p. 71 ss.
225. Marx, inspirado en Hegel, plantea una dialéctica objeto-hombre radicalmente diversa de la distinción real aportada por la filosofía del ser. Para Marx, el objeto en cuanto objeto no

existe sin el hombre que objetiva la naturaleza individuándola en función de sus necesidades. Mediante el trabajo, un determinado objeto se hace propio del hombre que lo ha realizado (¡totalmente propio de ese hombre!). El hombre se objetiva en el producto y este se subjetiviza en el hombre al cooperar en su manutención. De este modo se sintetiza lo que antes aparecía como opuesto: objeto y sujeto; el hombre al hacer suyo el objeto lo subjetiviza y haciéndolo suyo, el hombre se objetiva (cfr. CALVEZ, J.Y., *El pensamiento de Carlos Marx*, Taurus, Madrid, 1962, p. 439 ss.).

226. LE 6,2.
227. Cfr. LE 10,4.
228. LE 6,4.
229. LE 6,3
230. LE 6,5
231. LE 6,6.
232. *Hom. en Nowa Huta*, 2 (9.VI.79) en *L'Oss.Rom.esp.* 24.VI.79, p. 6.
233. *Disc. ante la OIT*, 2 (15.VI.82), *L'Oss.Rom.esp.*, 27.VII.82. p. 10.
234. LE 6,6.
235. Cfr. *ibid.*
236. *Ibidem.*
237. *Vid.*, Parte II.
238. RH 16,1
239. Cfr. p. e., Pío XII, *Radiom. Levate capita*, 32 (24.XII.52) en AAS 45 (1953),41-42; *Radiom. Il popolo*, 10 (29.XII.53), en AAS 46 (1954) 10.
240. LE 10, 4.
241. Cfr. LE 36.
242. Cfr. GS 33.
243. Cfr. GS 5.
244. Cfr. GS 54.
245. Cfr. GS 9,1.
246. Cfr. GS 35,1.
247. Mensaje en el 90º Aniversario de la «*Rerum novarum*», 6 (15.VI.81) en *L'Oss.Rom.esp.* 24.V.81, p. 10.
248. L.E 5, 4.
249. *Ibidem.*
250. Cfr. *ibid.*.
251. *Disc. en Livorno*, 4 (19.III.82).
252. «(El hombre) –escribe Juan Pablo II –teme que sus productos, naturalmente no todos y no la mayor parte, sino algunos y precisamente los que contienen una parte especial de su genialidad y de su iniciativa, puedan ser dirigidos de manera radical contra el mismo; teme que puedan convertirse en medios e instrumentos de una autodestrucción inimaginable, frente a la cual todos los cataclismos y las catástrofes de la historia que conocemos parecen palidecer». (RM 15,2).
253. Cfr. DM 11, 2.
254. RH 15,2.
255. *Ibidem.*
256. Cfr. GS 26.
257. Cfr. RH 16,1.
258. LE 12,6.
259. LE 13,2.
260. *Vid. cap. II, 4, a.*
261. Cfr. LE 12,5.
262. Cfr. LE 12,6.

263. GS 67.
264. *Ibidem*.
265. LE 12,1.
266. Cfr. LE 12.
267. LE 12,4.
268. Cfr. LE 12,1. (*vid. cap. II, 1, d*).
269. Cfr. LE 5,3 (*vid. cap. 11, 1, b*).
270. LE 12,5
271. Cfr. LE 12,6.
272. LE 15,1
273. Cfr. LE 12,6.
274. LE 15,1
275. LE 14,5.
276. En efecto, desde León XIII, la doctrina social ha tratado de superar el antagonismo entre trabajo y capital: «ambos se necesitan en absoluto –decía la *Rerum novarum*–: ni el capital puede subsistir sin el trabajo, ni el trabajo sin el capital. El acuerdo engendra la belleza y el orden de las cosas; por el contrario, de la persistencia de la lucha tiene a derivarse necesariamente la confusión juntamente con un bárbaro salvajismo» (LEÓN XIII, Enc. *Rerum novarum*, 14 en AAS 23 (1890-91) 649; cfr. también, Pío XI, Enc. *Quadragesimo anno*, 53 y 54 en ASS 23 (1931) 195 y 196; Pío XII Alloc. *Avec une égale sollicitude*, 2 (7.V.49) en AAS 41 (1949) 283), etc.
277. «Nunca la Iglesia ha dejado de trabajar eficazmente para que esa aparente contradicción entre capital y trabajo, entre empresario y obrero, se eleve hacia una unidad superior, es decir, hacia aquella *cooperación orgánica* de las dos partes que la misma naturaleza les señala, y que consiste en la colaboración de los dos sectores profesionales el del trabajo y el de la economía es un mancomunado trabajo organizado» (Pío XII, Alloc. *Mit dem Gef übf* (4.IX.49) en AAS 41 (1949) 458-459).
278. Cfr. LE 13.
279. Jn 4, 37-38.
280. LE 13,2.
281. Dando por supuesto, el don de todo lo creado, León XIII y Pío XI pusieron el acento sobre el trabajo: «es verdad incuestionable que la riqueza nacional proviene de otra cosa que del trabajo de los obreros» (LEÓN XII. Enc. *Rerum novarum* en ASS (1890-91) 157). «¿No vemos acaso con nuestros propios ojos como los incalculables bienes que constituyen la riqueza de los hombres son producidos y brotan de las manos de los trabajadores, ya sea directamente, ya sea por medio de máquinas que multiplican de una manera admirable su esfuerzo? más aún, nadie puede ignorar que jamás pueblo alguno ha llegado desde la miseria y la indigencia a una mejor y más elevada fortuna, como no fuera con el enorme trabajo acumulado por los ciudadanos, tanto de los que dirigen cuanto de los que no ejecutan» (Pío XI, Enc. *Quadragesimo anno*, 53 en AAS 23 (1931) 194-195).
282. LE 13,2.
283. LE 13, 3.
284. *Ibidem*.
285. LE 14,1
286. Cfr. LE 13,1.
287. Cfr. LE 14,2-3
288. *Vid. cap. VI, 1.*
289. LE 13,1.

Índice del Extracto

| | |
|--|-----|
| PRESENTACIÓN | 229 |
| ÍNDICE DE LA TESIS | 235 |
| BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS | 239 |
| ABREVIATURAS DE LA TESIS | 247 |
| <i>HOMO LABOREM EXERCENS. APROXIMACIÓN A LA CONCEPCIÓN CRISTIANA DEL TRABAJO EN EL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II</i> | 249 |
| I. EL EVANGELIO DEL TRABAJO | 249 |
| 1. El trabajo en el misterio de la creación | 250 |
| 2. El trabajo en el misterio de Cristo | 252 |
| II. EL TRABAJO COMO DOMINIO RESPONSABLE Y PARTICIPACIÓN EN LA REALEZA DE CRISTO | 255 |
| 1. El trabajo como proceso de dominio responsable | 255 |
| 2. Participación en la realeza de Cristo | 262 |
| III. EL TRABAJO COMO ACTIVIDAD PERSONAL DEL HOMBRE | 265 |
| 1. El trabajo como acto de la persona | 265 |
| 2. El trabajo como realidad existencial | 271 |
| IV. EL HOMBRE, PRIMER FUNDAMENTO DEL VALOR DEL TRABAJO | 277 |
| 1. Dignidad del trabajo | 277 |
| 2. Preeminencia del trabajo en sentido subjetivo | 281 |
| NOTAS | 287 |
| ÍNDICE DEL EXTRACTO | 301 |

